FILOSOFÍA TAURINA

POR

FÉLIX MORENO ARDANUY

Y

MANUEL SERRANO DEL CID



SEVILLA

Librería Juan Antonio Fé

89, SIERPES, 89

MADRID

Librería Fernando Fé

15, PUERTA DEL SOL, 15

FILOSOFÍA TAURINA

POR

FÉLIX MORENO ARDANUY

Y

MANUEL SERRANO DEL CID



SEVILLA — LIBRERIA JUAN ANTONIO FE, 89, SIERPES, 89

MADRID — LIBRERIA FERNANDO FE, 15, PUERTA DEL SOL, 15

1920

A

Ignacio Sánchez Mejías

Tres íbamos a ser los colaboradores de este folleto, nosotros como autores, usted como crítico del mismo. La tragedia del pobre Joselito, que entre usted y todos sembró el desaliento, le ha impedido concluir el prólogo que debió figurar en este sitio. Nosotros, sin embargo, nos honramos colocando su nombre en esta dedicatoria, que, con todo cariño, le ofrecemos.

LOS AUTORES.



PREÁMBULO

Hemos dudado mucho antes de decidirnos a poner a esta obrita el título que ostenta. Parece disparatado abrir al templo filosófico un ventanal taurino; pero si bien se mira, filosofar es pensar, buscar las raíces de las cosas, y se dice que filosofa quien conversa a solas, cavilando todas las posibles modalidades, todos los puntos de vista que pueda presentar un orden cualquiera de cosas; eso vamos a hacer nosotros, filosofar, discurrir acerca de la fiesta de los toros.

Obedece nuestro empeño a esa larga polémica, de antiguo entablada, acerca de la utilidad o perjuicios de la lidia, exacerbada ahora con motivo de la gran lucha de clases que conmueve al mundo, en la cual va incluída nuestra fiesta como una cosa nociva, como una costumbre que hay que desterrar, como una enemiga a quien

hay que combatir, semejante a la explotación del obrero, la acumulación de capital, la tiranía, la fuerza y todos esos aspectos de que el proletariado se conduele.

Ocurre que nosotros opinamos en oposición diametral a estas ideas que corren, y como partimos de la base de la injusticia con que el radicalismo procede, creemos de buena fe que es injusto poner la proa a las corridas de toros.

Buenos aficionados, nos hemos preocupado bastante del asunto. ¿Esta afición es mala, es buena? ¿Contribuiremos inconscientemente al malestar? ¿Seremos malos españoles?... Hay motivo para preocuparse; bien merece la pena de analizarse nuestra afición. Y hemos filosofado, y a continuación vienen nuestras filosofías, que tienen al menos el mérito de haber devuelto la calma al espíritu, fortaleciéndonos en nuestra afición y autorizándonos a entregarnos confiadamente a ella, en la seguridad de que, lejos de entorpecer el adelanto, seremos átomos progresivos en el avance de nuestro país.

Claro está que al defender esta fiesta, gratuítamente llamada burguesa, defendemos de soslayo otros achaques de biología, resultando el librejo un epítome extraño de sociología y toreo, de pan y toros, de cuernos y teología, como el bovino de San Marcos, nuestro venerado patrón. Quizás resulte algo nuevo, muy diferente de las compilaciones, críticas, biografías, diccio-

narios y demás facetas que hasta el presente ostentó la copiosa literatura tauromáquica, y nos congratularemos si al lector le agrada nuestra idea.

Las campañas políticas demoledoras, tengan o no razón,—que a nosotros no nos incumbe averiguarlo,—presentan también un carácter antitaurino en la vieja Andalucía, en cuya capital—la imponderable Sevilla—está compuesto el libro que exponemos al fallo del público rey y señor.

Hasta en los aficionados de pura cepa suele existir un concepto de burla para la fiesta nacional; como si la lidia de reses bravas, tal y como se practica, no fuera otra cosa que frívolo entretenimiento, de relativo vicio, algo de juerga y cuchipanda, que no merece los honores de ser tratado en serio.

Son contadas las personas que sienten seriedad y formalidad al departir de la lidia, y entre éstas se cuentan los autores, sin que ello quiera decir que hablar de toros sea trance dramático que deba realizarse con lágrimas en los ojos y angustia en el alma. Nada de lágrimas ni angustia, pero sí debemos tratar el asunto sin mofa, y con toda la seriedad que el caso requiere.

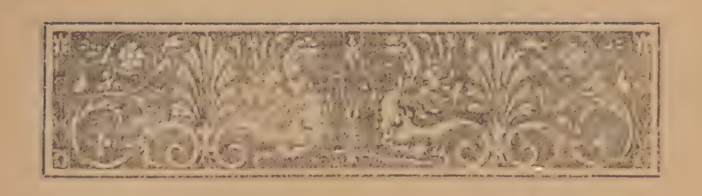
Todos conocemos la oposición que se hace a las dehesas y vacadas, en cuyos terrenos—se dice—podrían ganar el sustento innumerables familias, y expuesta así, a bocajarro, la fórmula

en cuestión, le deja turulato de convencimiento al más ardoroso partidario de las corridas de toros. Pues nosotros, entre otras cosas, pretendemos demostrar que el razonamiento mencionado es un sofisma, una mentira convencional, un magnífico tópico que rueda estruendoso de boca en boca, de periódico en periódico y de mitin en mitin, con toda la sonoridad de un tonel hueco; que, por el contrario de lo que se cree, son las corridas de toros una de las cosas más nobles y bellas que haya podido forjar la iniciativa española y que las ganaderías de reses bravas son un envidiable capítulo en la agronomía de nuestro país. Y como sospechamos en tus labios, lector amable, un mohín de burla, ruégasete suspendas tu juicio hasta tanto que nos hayas leído. Tenemos la inmodestia de presumir que quedarás convencido. Y aun en el caso de que no acertáramos a conseguirlo, tengan todos la bondad de atribuirnos rectitud de intención. Nuestra voluntad nos salve, y tu perdón, lector respetable, sea con nosotros.

Félix Moreno Ardanuy

Manuel Serrano del Cid

Sevilla, Noviembre, 1919.



CAPÍTULO I.

RÉPLICA A LAS OPINIONES DETRACTORAS.

EMBOTAMIENTO DE LA SENSIBILIDAD.—NEGACIÓN DEL ALTRUÍSMO.—FOMENTO DEL ANALFABETISMO, DE LA VAGANCIA, DEL VICIO Y DE LA DELINCUENCIA.—PERJUICIOS SOCIALES.—DESPILFARRO INÚTIL.
LA ARRIESGADA PROFESIÓN.



ENUMERAMOS en el capítulo presente todas las censuras, diatribas y calumnias que los taurófobos enarbolan en contra de nuestra clásica fiesta, para oponer a continuación las réplicas que a nosotros se nos ocurren.

EMBOTAMIENTO DE LA SENSIBILIDAD

La mejor definición de la delincuencia la ha dado el gran pensador italiano Garófalo; los de-

litos contra las personas y los contra la propiedad, son infracciones a los sentimientos de piedad y probidad de los pueblos.

Las gentes, en su evolución al perfeccionamiento, van sintiendo más intensamente la piedad hacia las personas, y la probidad hacia las cosas, a medida que se van alejando del salvajismo. Un pueblo civilizado es piadoso y probo. Una persona que tenga poca compasión a sus semejantes, ó poco respeto a las cosas ajenas, será un incivilizado, propenso al crimen o al robo. Por consiguiente, los jefes del pueblo deben fomentar aquellas instituciones que tiendan a fortalecer los expresados sentimientos de piedad y de probidad.

Las corridas de toros excitan la crueldad del pueblo, y tales sujetos que en el curso de la semana son incapaces de arrancar las alas a una mosca, contemplan impávidos a los pencos destripados en la suerte de varas.

RÉPLICA.—Si las corridas de toros embotaran estos elevados sentimientos, el primer corrompido sería el torero, y el segundo lo sería el abonado que no pierde una corrida. Esta suposición es absolutamente falsa.

Para conocer individualmente al torero hay que vivir muchos años en Sevilla, donde residen los autores. Pero si además de vivir en Sevilla, ocupa uno de ellos un cargo oficial en la típica y cervantina Cárcel del Pópulo, y tiene el otro,

por su cualidad de ganadero, constante relación con la gente de coleta, se tiene relativa autoridad para juzgar al torero, así en su vida particular como en sus relaciones con la justicia. Es pródigo y compasivo, respetuoso y modesto, buen compañero y extraordinariamente agradecido. Gustan de que les hablen de tú, y se advierte en ellos una acentuada propensión a admirar a cualquiera. Belmonte, hombre celebérrimo, se rodea de literatos cuya cultura e ingenio admira. Presenciando una corrida de toros, todo el mundo quiere ser inteligente; el único que calla sus juicios es el torero que asiste como público: esto se observa mil veces. Los artistas, los intelectuales, los obreros, hablan mal de sus congéneres; el marido censura a su mujer, la mujer ridiculiza al marido... La única persona prudente para con los de su profesión, lo es el torero.

Que el torero es dadivoso lo dice la tradición, y que es agradecido lo sabemos por propia experiencia. El periodista sabe que elogiar a la actriz, al cómico, al autor o al político, es como tirar agua en el río; el desagradecimiento mora en sus pechos. Pero juzguen mal a alguno, y está el juzgador amenazado de muerte o conminado de destierro.

En cambio, si se elogia en las columnas de la prensa a un astro, por astro que sea, por anónimo que sea el elogiador, es cosa corriente que, por lo menos, dé aquel las gracias.

Estudiados colectivamente, en la actualidad comparada con lo pasado, tampoco se comprueba en ellos lo del embotamiento de la sensibilidad.

El primitivo torero era hombre maduro, de pelo en pecho, verdadero perdonavidas; los toros eran más grandes, más viejos, más poderosos; los espectadores eran también más bravucones, y se rompían las muelas en plena plaza por un quítame allá esas banderillas.

Si fuese cierto lo del embotamiento, serían los toreros asesinos en fuerza de usar la crueldad, serían los toros panteras, y el público sería peor que el que ocupara el circo romano de las ruínas de Itálica.

Suele compararse la lidia con los cesáreos espectáculos en los circos de Roma, y, a poco que meditemos, encontraremos cuán falsa es la comparación. Efectivamente, en los juegos imperiales se caminó rápidamente hacia la más desaforada crueldad. Comenzaron estos espectáculos en inofensivos palenques de agilidad y fuerza; vinieron después las luchas romanas con simulación de muerte en el vencimiento; de la simulación se pasó a la macabra realidad del sacrificio del gladiador vencido, y, por esta senda, llegóse a las infames hecatombes de víctimas destrozadas entre las garras de las fieras.

Las corridas de toros no han seguido esa progresión de perversidad. Los toreros de hoy son

jóvenes imberbes; los toros son más tercia dos, más jóvenes, más nobles y más bonitos; el público inteligente lo constituye la clase de más abolengo en el país.

Los recalcitrantes amigos de lo pretérito claman por la restauración de las bárbaras prácticas de la antigua torería, pero claman en balde. Porque la evolución del arte de la lidia está diciendo a voces que no se embota la sensibilidad, que no nos hacemos más crueles, sino que nos refinamos en línea recta a lo verdaderamente artístico y bello. Y por eso tienen los lidiadores las bellezas, las alegrías, las gracias varoniles, las elegancias de aquella estatuaria griega que se inspiraba en los modelos de la pubertad; por eso los toros no son bueyes de gordo corvejón, carne de carreta y cuernos de bisonte, sino preciosos ejemplares obtenidos a fuerza de paciencia, de cruzamiento y de selección; por eso el público no está constituído por la masa feroz, grosera e inconsciente de la antigua muchedumbre, sino por un concurso inteligente que aborrece los desplantes, los suicidios y la sangre; y por eso la vieja fiesta de la lidia y muerte de reses bravas, es hoy un espectáculo elegante, delicado, artístico, saturado de sublime emoción, y ennoblecido con los encantos de la radiante alma española.

NEGACIÓN DEL ALTRUÍSMO

El mismo sentido evolucionista que inspiró a Garófalo, hizo concebir a Spencer la ascensión progresiva en el amor a los seres que nos rodean. Primeramente, el hombre era egoísta por naturaleza: su moral no conocía otros deberes que los deberes para consigo mismo, sin relación con los demás.

Concedió después el genio humano alguna beligerancia a sus semejantes; aprendió a doblegar sus deseos ante los deseos del prójimo; amándose ante todo a sí propios, se desprendieron los hombres de una parte de egolatría, y surgió en el mundo el ego-altruísmo.

Después, se llega a conocer el sacrificio de nuestra persona para salvar a otra, como la patentizan los múltiples casos de heroísmo en que se arriesga y aun se pierde la vida por salvar una existencia ajena. Esto es el altruísmo: la anulación del yo, la oposición al egoísmo.

Hay más. En esta matización de afectos, se llega al amor hacia los animales y hasta hacia las cosas inanimadas; este sentimiento ha creado los museos y las instituciones protectoras de animales.

Pues bien. Teniendo en cuenta esto del altruísmo, se dice que tan bellas conquistas de la humanidad se eclipsan y anulan en el coso taurino, donde la turba contempla el sacrificio de dos animales tan nobles como el toro y el caballo, el derramamiento de sangre humana, y el destrozo en garrochas, estoques, capotes y tablas.

RÉPLICA.—Tan cierto debe ser eso del altruísmo humano, que el primer hijo nacido de mujer, en el génesis vigente, el primogénito de Adán, cometió un fratricidio en la persona de su hermano Abel.

Precisamente, lo único que el público no quiere presenciar en las corridas de toros, es esa serie de desdichas que se citan. ¡Cualquier extranjero que lea a los detractores de la torería, pensará que aquí gozamos lo indecible viendo una cogida, o el despanzurramiento de un caballo!... No, señor; eso es precisamente lo que nos espanta, lo que no queremos que ocurra.

Pruebas al canto.

No queremos destrozos en la tela, y por ello vemos con disgusto un desarme, y lo hacemos constar así en las reseñas, para indicar un detalle que deslució una faena.

El despanzurramiento del caballo nos molesta sobre manera, y todos saben las protestas que surgen en la plaza cuando los monos muestran lentitud en retirar un penco en esas condiciones. Precisamente en la suerte de varas se ad-

vierte una transformación en sentido piadoso. Antes salían al ruedo caballos briosos y útiles; hoy sólo se emplean aquellos animalitos que, desechados por la explotación industrial, habrían de ser sacrificados de todas maneras, para evitar el estorbo. ¡Animalitos,—se dice—mire usted que matarlos cuando, hartos de trabajar, no pueden dar más jugo!... En verdad que es una tristeza el pensarlo; pero yo pregunto: ¿Si no hubiera corridas de toros, exhalarían los caballos su último suspiro en algún asilo de ancianos? ¿Se les concedería haberes pasivos o pensiones de vejez?... No. Morirían de todos modos a mano airada, como mueren en el extranjero, donde se consume su carne, y como fallecen en el matadero, para surtir las carnicerías, las pobres vacas hartas de dar leche, o los bueyes que discurrieron en su triste vida uncidos al yugo carretero.

Deben, en este respecto, ser escuchadas las opiniones emitidas por los propietarios de yeguadas, por los oficiales de remontas y por todos los que conocen el asunto. Es cosa muy sabida que el sacrificio de los pencos en la plaza fomenta sensiblemente la cría caballar, porque de ser prolongada la vida de esos caballos, harían concurrencia en el mercado.

Lo que molesta, séase sincero, no es la muerte de los caballos, sino el presenciarla, porque, como dicen dueñas, ojos que no ven, corazón

que no siente... Pues el presenciarla puede actuar de dos maneras en nuestro cerebro: o habituándonos a ser impasibles ante tan doloroso cuadro, como quieren los detractores, o fortaleciendo nuestro espíritu para soportar con entereza las adversidades, como opinamos nosotros; y buena falta nos hacen esos poderosos revulsivos a los que en la vida artificial de bufete o laboratorio caminamos hacia una pusilanimidad verdaderamente femenina.

A pesar de todo, reconocemos lealmente que el triste cuadro de los pobres jamelgos mutilados, es un punto negro cuya evitación deseamos ardientemente. La afición se ha preocupado mucho de este particular, y han llegado a ensayarse, desgraciadamente sin éxito, varios sistemas de gualdrapa o artefacto de protección. Tenemos la esperanza de que algún día se resuelva satisfactoriamente el caso, para que los atacados de fobia torera no puedan esgrimir este alegato, que reconocemos justo.

Parecidos razonamientos pueden oponerse a quienes lloran de pena por la muerte del toro. Si no se les mata en el anillo, son indefectiblemente decapitados en el matadero, con la diferencia de que la carne de toro de lidia es más sabrosa y nutritiva, y a precio afrontable para los pobres. Las clases menesterosas sólo comen carne el día subsiguiente a la corrida, y mejor que las otras carnes. Mala cochura y peor cali-

dad tienen las reses explotadas en la lechería o en el yugo, en tanto que los toros bravos son excelentes, aunque otra cosa crea la preocupación, por sus pastos y buena crianza, con el aditamento de que sólo Dios sabe la calidad de las reses procedentes del matadero, mientras que el toro de lidia está pletórico de sangre y salud.

Y, ¿es cierto que el público goza con el martirio de los toros?... Pregona lo contrario la exacerbación popular cuando se ve recortar a un toro, obligarlo a cabecear para que doble, picarlo en los ijares, clavarle rehiletes fuera del morrillo, o torturarlo con estocadas bajas o atravesadas. El público padece viendo estos desmanes y silba furiosamente al torpe lidiador, en tanto que aplaude con delirio cuando presencia que el toro ha rodado sin puntilla, y sin las consiguientes fatigas de un final laborioso.

Pues el aserto de que los espectadores se hacen insensibles ante el derramamiento de sangre humana, tiene todas las condiciones de una insultante calumnia. ¿Recuerda el lector cuán desmesurado fué el luto nacional al morir el Espartero?... ¿Ha observado la emoción con que se grita al espada para que no entre a toro abierto o humillado?... ¿Ha visto el movimiento de indignación que surge de todos los ámbitos de la plaza, cuando se arroja un aficionado, o cuando un torero se muestra ignorante o suicida?...

¿Se habitúa a matar, por ventura, el soldado que triunfó en múltiples hechos de armas?...

¿Pierde su amor al prójimo el cirujano avezado a hundir su bisturí en la carne palpitante del enfermo?...

FOMENTO DEL ANALFABETISMO, DE LA VAGANCIA, DEL VICIO Y DE LA DELINCUENCIA.

Se dice con gran aplomo que la afición taurina contribuye poderosamente a fomentar el analfabetismo, nosotros mismos nos hicimos en otra época el razonamiento que voy a exponer:

Decíamos nosotros: El empobrecimiento de España; su incapacidad para las empresas de trabajo, de industria y de comercio; el vano y estéril quijotismo de esta península; su abyección y retraso nació con nuestro poderío colonial. De igual manera que se hundió Roma, podrida de corrupción en fuerza de los tesoros que robaban los romanos en sus incontables conquistas, así mismo España, habituada a sus epopeyas de aventuras guerreras, a la inmigración de los saneados botines de campaña, llegó a aborrecer, a avergonzarse de todo lo prudente y laborioso, que constituye la piedra angular de los contemporáneos emporios de riqueza. El estudio, el trabajo paciente, la cultura agrícola,

la roturación de los campos, la explotación industrial, las labores manufactureras..., todo eso avergonzaba a un hidalgo castellano. Fuerza en los brazos, temple en el corazón, intrepidez en el alma, y confianza en que Dios saca de apuros, dando a la hora última la ventura eterna... Este era el decálogo de un caballero español. ¿Para qué estudiar, y hacer zapatos, y forjar el hierro, y hundir el rejo, si todo ello eran faenas de villano? Y para matar moros, degollar turcos y abatir flamencos no hacían falta libros, ni herramientas de artesano... Los millones se amontonan hoy con tiempo y constancia, y los españoles, por leyes de herencia, tienen incrustada en la médula la marcial impaciencia de ganar una batalla en un santiamén.

Para remachar el clavo, descubrimos las Américas, trajimos el oro abarrotando las bodegas del navío, de piedras preciosas las escotillas de las carabelas, escuadras enteras atestadas de granos, cultivados, bajo el látigo del colono, por razas incas y arancanas, sometidas al despotismo conquistador.

Todavía en nuestros primeros años, todavía hoy, se cultiva la leyenda del indiano, la de buscar fortuna en el nuevo continente, la de que el mundo es ancho... Saber arar ha sido deshonra, deshonra ser zapatero remendón, deshonra tener callos en las manos, deshonra escribir con buena letra...; un hombre importante debe ser indes-

cifrable en sus escritos... A lo más un poco de Filosofía, de Humanidades, de Poesía y a vivir.

De este culto atávico al riesgo y a la barbarie, surgió en España la lidia de reses bravas, como apareció en Roma la hecatombe circense, esa fiesta sanguinaria y brutal que endiosa en unas cuantas semanas a los toreros, hombres analfabetos, indignos de los cuantiosos estipendios que perciben. Toda la juventud, especialmente la andaluza, y más especialmente la sevillana y la cordobesa, pierde el aprecio al trabajo continuado, al respeto al amo, a la constancia en la profesión; no se cuidan tampoco los jóvenes de ilustrarse, de conquistar una posición con el lento sudar de su frente, porque tienen la creencia de que el día en que salgan, con cuatro verónicas ceñidas, parando y mandando, con un volapié en las propias agujas, ganarán tesoros en contratos fabulosos en la península y en América... ¡Otra vez la sombra del manzanillo, la fatídica ilusión emigratoria!...

En estas elucubraciones se acostumbran los muchachos a fiar la suerte a un azar taurino, a una lotería (otra institución perniciosa, que hace olvidar a las gentes las virtudes de un capital hecho con el ahorro, confiando en que les tocará el premio mayor en el próximo sorteo), descuidando las realidades prácticas de la vida puesto que para el triunfo cuentan con el talismán de su coleta, y *voilà pourquoi* se ense-

ñorea de España, especialmente de Andalucía, y más especialmente de Sevilla y Córdoba, el analfabetismo, la holganza, la depravación y el delito.

RÉPLICA.—En efecto, fuimos hace años injuriadores de las corridas de toros; pero debe reconocer, que lo éramos de dientes afuera, porque es muy frecuente el caso de que los que se pasan la semana hablando mal de nuestra fiesta empeñen la capa el domingo para ir a los toros. De éstos éramos nosotros. De extraña manera podrá convencer a nadie de ateísmo un señor que va a misa todas las mañanas. Pasó el tiempo, echamos nuestras cuentas, y nos convencimos de que las teorías antitoreras que salían de nuestros labios, estaban en pugna con los sentimientos de íntima complacencia.

Hoy no sólo nos agradan por natural inclinación, sino que reflexivamente creemos que no hay en nuestro agrado nada pernicioso, habiendo en cambio algo útil.

Así como todos los jóvenes suelen ser republicanos, antimilitaristas y ateos, así también suelen ser antitaurinos. De niño gustan los toros, de adultos siguen gustando, aunque se finge lo contrario, y de hombre maduro, se reconoce con jactancia que es uno más aficionado que el divino San Marcos. Lo propio acontece respecto a la Iglesia, la milicia y la República; todos los niños creen en Dios y temen su cas-

tigo, por enseñanza que sus madres les dieron en la cuna, y no hay mocoso que no se desviva por ser monaguillo, por tocar la esquila y por ayudar a misa; todos juegan a los soldados, quieren con predilección la carrera militar, gustan de los caballos, de los sables y de los fusiles, y arman cada pedrea de moros y cristianos, en línea de combate, que tiembla el orbe, y no queda nariz sana; todos, finalmente, son monárquicos hasta el tuétano, quieren ser príncipes, relatan cuentos de reyes enamorados, de reinas cautivas, y, hasta las niñas, en sus corros, se extasían con aquello de:

«De Cataluña vengo de servir al Rey...

¿Donde vas Alfonso doce,
donde vas triste de tí?...
Voy en busca de Mercedes,
que ayer tarde no la ví...

Quisiera ser tan alta
como la luna
para ver los soldados
de Cataluña...»

La pubertad coincide con las ideas revolucionarias: es achaque de sangre moza. En la madurez se retorna al apego a las instituciones.

De aquí se deriva que los más apasionados por las corridas de toros son los coscones, los cincuentones, aunque ellos dicen que los toreros de su tiempo fueron lo mejor, esto es, los

lidiadores de cuando ellos tenían veinte años y se mostraban más enemigos del arte de Cúchares.

Esta retroactividad a las inclinaciones de la niñez es un fenómeno perfectamente natural. El niño se mueve por los instintos, laborados penosamente en el curso de los siglos, y trasmitidos por herencia; la criatura es egoísta en sumo grado, y no hay razón que lo convenza de que debe privarse de algún antojo o deseo. Hay, sí, una razón convincente, el castigo, por medio del cual se le obliga a adaptarse a la constitución actual del medio ambiente, inestable y artificial la mayor parte de las veces, y siempre en estado de transición a otra forma constitutiva.

De modo que los sentimientos del niño son más naturales, más humanos que los de la juventud, plagada de las ligerezas e inexperiencias de su tiempo; al apagarse los fuegos moceriles, tornan las aguas a su pristina superficie.

Siguiendo la réplica a los razonamientos expresados, hemos de insistir en que la taurofobia es de origen exótico.

Allende las fronteras gustan los toros con delicia, han habilitado plazas en poblaciones extranjeras, han surgido diestros, pero vista la imposibilidad de conseguir el trasplante, han desviado hacia la envidia, desacreditando a España como país de salvajismo, cuyos hom-

bres se pasan la vida toreando a todo trapo. Lo mismo censuran por gazmoña la virtud de nuestras mujeres, su proliferación, las creencias religiosas y todo aquello más genuínamente español.

El razonamiento de que la torería contribuye al analfabetismo y a la vagancia, porque los muchachos fían la suerte al azaroso talismán de su coleta, parece tan lógico, que, de primera intención, lo creemos a pie juntillas. No obstante, la convivencia con el hampa sevillana, nos ha demostrado la absoluta falsedad del razonamiento.

Los aficionados, los muchachitos que aspiran a ser toreros, no se reclutan entre la germanía; son hijos o sobrinos de toreros de alguna nota, muy trabajados en el arte de la lidia; son matarifes, monos sabios, garrochistas y conocedores de dehesas y vacadas, o bien jovencillos anónimos que trabajan en su oficio con mucha honradez, sin perder por ello de vista sus aspiraciones de gloria. El aspirante a torero, el aspirante de buena fe, es de fiar siempre, porque los espíritus hamponeros, la gentuza pícara de la cárcel es incapaz de abrigar en su alma la sublime ansia de gloria. Sólo la gloria, la fama, busca el torerito; una ovación lo enloquece y las palmas que recibe las atesora, avaro, en su memoria, en tanto que despilfarra el dinero que cobra, y olvida acto seguido el despilfarro.

Sabe el lector que en las cárceles se emplea la Dactiloscopia, procedimiento infalible para identificar a personas por las huellas de los dedos, aunque transcurran muchos años. La cárcel de Sevilla posee un gabinete extenso de fichas de delincuentes. Y sabe también el lector que los maletillas que se tiran a la plaza son llevados a la Prisión a cumplir una quincena. No son estos que se tiran al ruedo los verdaderos aspirantes a torero, o no es ese camino el de poder serlo, y, sin embargo, aunque ellos constituyen la plebe de la torería, podemos afirmar, jurar bajo palabra de honor, que en el trascurso de varios años no hemos comprobado que ninguno de estos mocitos haya estado sometido a proceso por un juez. Ni aun el preso torerillo por viajar sin billete se registra en la Cárcel de esta ciudad, en la cual reside la auténtica cátedra del toreo.

Quien desea ser célebre, aspiración de almas depuradas, tiene miedo, pánico de comprometer su libertad por una picardía.

¿Vagancia?... Esto es una soberana sandez. Menudo ajetreo tiene el torero, en la plaza y en el viaje, para ser vago.

Quizás hay toreros incipientes que corren la tuna o bohemia torera, con todas las travesuras de este período profesional. Habrá la pandilla de maletas que viajan sin billete, que se comen la fruta en los cercados, que pululan como pa-

jarillos sin nido. Pero si ustedes quieren ser justos, tienen que reconocer que apenas hay profesión noble sin bohemia precedente. De los cómicos de la legua, con todo el cortejo de tunanterías peculiares de la farándula, salen los grandes trágicos y los eximios graciosos; del deambular errante, con el pelo largo y la camisa sucia, con la serie de sablazos, trampas y embrollos, surgen periodistas, literatos, pintores, escultores, músicos...; del vivaqueo en los prados, del saquear los corrales en los alojamientos de marcha, de la aventura soldadesca, han salido los héroes en los campos de batalla; y de la tuna estudiantil, llena de embustes y atrevimientos, proceden los intelectuales que gobiernan a los pueblos.

La inquieta bohemia es un curso obligado de Sociología, que hay que practicar para doctorarse de hombre. Es natural que los toreros cursen también sus estudios en las aulas de la vida.

Pues cuando se trata del decantado vicio de los toreros, debiéramos atar nuestra lengua antes de formular censuras sin prueba. Sin salirnos de lo presente, pues para el presente escribimos, ruego al lector examine a la lijera la fama de nuestros toreros. Encontraremos algunos picarones, pero en igual proporción que entre el resto de los mortales. Luis Mazzantini, caballero pundonoroso; Cara-Ancha, hombre

formal y serio como pocos; Rafael Guerra, candidato agrario; los Bomba, integérrimos y trabajadores como pocos; se nos han pasado el hidalgo Lagartijo, el bonachón Frascuelo, el nobilísimo Espartero; Quinito, tan seriote; Algabeño, el rey de los aperadores; el Litri, concejal en Huelva; Machaco, perfecto burgués; Vicente Pastor, el mejor de los hijos conocido; Joselito, excelente ministro de Hacienda; Belmonte, corazón de santo; Saleri, más talentudo que Romanones; Sanchez Mejías, hombre de ilustración y buena cepa... Y ¿para qué seguir?... ¿Dónde están esos viciosos de bodegón?... ¿Dónde están esos granujas?...

Precisamente, el torero tiene que hacer la vida más morigerada que un canónigo. Una noche de amor, una juerga, un exceso de cualquier orden, merma sus facultades y puede costarle un disgusto. El toro y el torero tiene que ser esencialmente castos.

Podemos señalar donde están los granujas. Sabemos, que hay malandrines con coleta, pero esos no son toreros, sino sinvergüenzas explotadores del tipo y de la matonería. Son toreros ful. Nadie podrá atribuir infamia a una colectividad, porque haya fingidores que explotan la buena fe.

Por las redacciones de los periódicos conocemos frescos que se intitulan periodistas, para dar el pego a los cándidos. Todos los carteris-

tas pasean en ferrocarril, diciéndose viajantes de comercio. Hay legiones de socios que viven de gorra titulándose artistas, un gran artista desconocido que busca un Mecenas liberal. Y todos los estafadores ¿no se fingen personas de alcurnia, marqueses y príncipes?... Todos los chulos se adjudican un título honroso de torero, como todas las prostitutas se bautizan en Sevilla o en Madrid. No se comprende un bravucón que no mate toros, ni una cocota nacida en Cazuela del Rábano.

PERJUICIOS SOCIALES

Se dice que la afición a los toros entra en el orden de los perjuicios sociales originados por el vicio. Enfrente se glosan las excelencias del teatro, de la merienda campestre, etc.

El teatro ilustra, el campo vivifica, y ninguna de estas distracciones cuesta lo que una localidad de barrera o tendido.

Es cosa decidida que quien ha calificado de vicio la inclinación taurina, ya activa en su práctica o pasiva en su contemplación, no supo lo que se decía.

El vicio lleva consigo toxinas, es demoledor, pernicioso, letal.

El juego es también antihigiénico, el juego de azar, no sólo por sus estragos en el corazón y en el cerebro, sino por la intoxicación en luga-

res cerrados y llenos de impurezas. Malos son el monte, la ruleta, el bacarrat, el tresillo, el mus, el tute y hasta la insípida brisca. No hemos comprendido nunca que personas sometidas durante toda la semana a los trabajos de taller y de oficina, se entreguen el domingo a otro trabajo de fatigante cábala y de secuestro sedentario, fumando, bebiendo, discutiendo, respirando una atmósfera podrida y padeciendo los azares emocionales de la pérdida, del desquite, de la ganancia y de la insaciabilidad.

Esto sí que es emoción y vicio. Tres horas en la taberna, en la ocupación descrita, ¿es distracción más sana, más culta y más barata, que asistir a una corrida, a pleno sol, a plena luz, inflando los pulmones y saturándose de oxígeno?...

Es el mismo teatro, el educativo teatro, espejo de costumbres y cátedra de ética y cultura, y envenena los vasos sanguíneos con el vaho insoportable de la respiración y del sudor. Y si por desventura hay que presenciar un dramón sin conciencia de los echegarayescos, de los que muere hasta el apuntador, hay que meterse en la cama al salir y llamar al facultativo. Tres horas de drama, ¿es distracción más sana, más barata y de menos palpitaciones cardíacas, que asistir a una corrida de toros?... Comprendo que el pobre no vaya a los toros, pero en vez de ir al teatro, a la taberna o al café, que se

vaya al campo y se gaste en merendar el importe de la entrada. Pero si ha de ir al café, o al teatro, que vaya a los toros. También eso de la cultura del teatro es burda farsa. Está probado que para ser comediógrafo no hace falta saber nada, ni aún escribir; es una sal rara, una buena mano para echar el aliño y para mover los monos. Más aún: la sapiencia hace al autor ininteligible, abstruso y fracasa. ¿Se ha distinguido como hombre de ciencia alguno de nuestros más eminentes autores? Porque Echegaray no empleó una sola raíz cúbica para componer sus tragedias. ¿Han escrito comedias los grandes hombres que en el mundo fueron? ¿No han fracasado en el teatro, Cervantes, Pereda, Campoamor, Núñez de Arce y otros magos de la pluma?... ¿No acaba de demostrar Muñoz Seca que el tinglado sólo pide afectación, falsía, burdez y brocha gorda?... No era, sin embargo, nuestra idea combatir al proscenio para defender al coso, vistiendo a un santo con el manto de otro, pero ¿qué culpa tenemos nosotros de que las cosas sean así?...

Habrían de ser los toros cosa de vicio y sería el vicio menos frecuente. Los antros viciosos funcionan a todas horas, todos los días del año; corridas no hay sino las festividades en las grandes poblaciones, durante la feria en las restantes provincias y nunca en los pueblos, o a lo más capeas. También las capeas, que eran cos-

tumbre bárbara, han desaparecido por buena disposición del señor La Cierva, mejor dicho: han desaparecido porque ya el sentimiento popular las rechazaba, y un ministro cristalizó en una ley ese sentimiento. Tenemos en esto otra prueba de la evolución sentimental del toreo, quiere decirse que son muy limitadas las ocasiones en que el supuesto vicio puede campear.

Vemos cuán jugoso es el asunto y cuán fértil la cosecha de alegatos. El partido de la verdad es agradecido y fecundo.

DESPILFARRO INÚTIL

Refiérese esta objeción al gasto de asistencia al espectáculo, despilfarro que unido a los fabulosos estipendios del matador, contribuye a que el pueblo pierda la costumbre a la contención en los gastos y a la práctica del ahorro.

El vino, el juego, el tabaco, la lotería y los toros, son cinco enemigos capitales.

Réplica.—Despilfarro, en buena acepción gramatical, es destrozar inútilmente lo que tiene algún valor, sin posibilidad de volver a ser aprovechado en la forma valiosa en que sufre el destrozo.

Unos juerguistas rompen, por hacer ostentación, los cristales de un escaparate o un servicio de cristalería; tiran monedas al río o al mar, limpian la mesa con un mantón de Manila...

Eso es despilfarro, porque nadie puede aprovechar los restos del destrozo.

Una señora da de comer faisán a su perro, se lava con leche, riega el pavimento con perlas machacadas, usa trozos de riquísima seda para los menesteres del número ciento... Eso es despilfarrar; y privar al mundo de objetos cuya obtención ha sido muy costosa.

Pero quien coja todos sus millones, salga a la calle y los reparta entre los transeuntes, habrá hecho una tontería muy perjudicial para él exclusivamente, pero la sociedad no ha perdido una sola peseta.

¿La asistencia a una corrida de toros es tan costosa? ¿Puede ocasionar perjuicios serios a una familia, el que el marido se gaste unos duros, si es rico; unas pesetas, si está en mediana posición, o unos reales semanales si es pobre? Claro es que resultará ruinoso que un menestral compre un asiento de barrera, o que uno de clase mediana adquiera un palco; pero una andanada para aquél, y un tendidito para éste, no parece cosa exorbitante. Cuando más que el despilfarrador nativo, lo mismo se gastaría el dinero en oir cantar a un ciego.

¿La taberna es gratuíta? ¿Lo es la timba? ¿Lo es cualquier espectáculo?...

En cambio, todas las monedas que el bebedor o el jugador se dejan en una sola mano, en la del industrial o en la del banquero, en las co-

rridas de toros se desparrama portentosamente. Ganaderos, conocedores, mayorales, gañanes, ferroviarios, veterinarios, cocheros, camareros, toreros, apoderados, mozos de estoque, vendedores y contratistas de caballos, sastres, rehileteros, espaderos, impresores, taquilleros, escribientes, monosabios, muleros, barrenderos, zapateros, guarnicioneros, pirotécnicos, acomodadores..., el cuento de nunca acabar. De suerte que con unas pesetas nuestras hemos contribuído a que coman doscientas familias, las que probablemente no se mostrarán muy indignadas con la bárbara fiesta.

Suenan mucho los miles de pesetas que gana un torero, pero aparte de que estos fabulosos sueldos solamente los disfrutan dos o tres cúspides, tanto éstos como todos los espadas tienen infinidad de gastos que hacer: pagar a la cuadrilla, viajes, fonda, telegramas, apoderados, trajes, curaciones..., entradas de favor..., y además todos esos dispendios que ha de hacer quien se debe a los públicos y a la crítica, y no puede escatimar las dádivas, si quiere conquistar simpatías, partidarios y defensores.

En ese punto de las fabulosas ganancias, hay una parte de verdad y tres de exageración.

¡Dichoso, bendito despilfarro que da de comer a tantas bocas!... Pues si comparamos la afición taurina con las restantes aficiones deportivas, veremos también la ausencia de mez-

quino interés. Todos los espectáculos de esta naturaleza han degenerado en juegos de apuesta y envite, en que muchos se han arruinado.

En el juego de pelota se apuesta, se apuesta en las carreras de caballos, se cruzan grandes cantidades en los torneos de tiro al blanco, hay envite en el foot-ball, en el boxeo, en las luchas greco-romanas, en las carreras de pedestrismo, en la natación y en las regatas, y cada local o campo de sport se ha convertido en una verdadera timba. ¿Acontece así en las corridas de toros? ¿Hay posibilidades de perder dinero en ellas? ¿No indica esto a quien sepa pensar, que nuestra clásica fiesta es de otro orden romántico, artístico, de otra contextura ética superior a los deportes mencionados?...

LA ARRIESGADA PROFESIÓN

El difícil logro de formar a un hombre a través de una interminable serie de obstáculos, de enfermedades y accidentes, de tanta dificultad como sale al paso de la vida, demostrando que el mero hecho de vivir es la mayor eventualidad que ofrece el universo, el difícil empeño de formar a un hombre, debe hacernos más cautos y respetuosos con la humana existencia. Como joya preciada debemos vigilar la integridad de la vida ciudadana, y observar constantemente, para rechazarlos con presteza, todos los peli-

gros, todos los riesgos que amenazan al vivir; siendo estúpido, siendo infame que el alma del rey de la naturaleza, formada por el concurso de tantas cualidades, se aventure, y muchas veces se pierda en un torneo suicida, que sobre ser bárbaro, es completamente inútil.

Por atavismo, por salto atrás hacia aquella barbarie primitiva, que no hacía más aprecio de la vida de un semejante que la de un irracional, por brutal reminiscencia de aquellas épocas prehistóricas, queda en España, en un apartado rincón de Europa, la huella sangrienta de la maldad ancestral, representada en esa fiesta, que para mayor vergüenza llamamos nacional, como si toda la nación fuera un conglomerado de tribus feroces.

Estos son los clichés empleados:

I. La profesión es arriesgada.

II. Peligra, o se sacrifica, una vida, sin ideal noble o útil.

III. La torería es atavismo, regresión ancestral, que hace suponer si la nación es un conglomerado de tribus feroces.



I. No podemos negar que la profesión es arriesgada, pero hay muchos indicios para suponer que el riesgo es muy relativo. Los anales de la Plaza de Madrid, donde tantas combinaciones se registran al año, sólo acusan seis de-

funciones durante la lidia, desde el año 1870, en que creemos recordar que se inauguró el circo de la carretera de Aragón.

Un año con otro fallecen dos toreros a consecuencia de lesiones sufridas.

Según una estadística que poseemos, en los concursos hípicos de Inglaterra, mueren, por término medio anual, ocho jinetes.

Si no poseyéramos estos datos ciertos, nos los harían suponer la frecuencia con que los toros voltean sin daño, los miles de percances sin consecuencias, el que salgan ilesos los maletas que se arrojan al redondel a la salida del toro cuando es más peligroso, el no haber muerto ni uno solo de los Tancredos que rodaron por esas plazas, etc.

Charlot, Liapisera y su botones, y sus múltiples émulos, han demostrado con sus parodias que el toreo no tiene tantos riesgos como se cree, que no es tan fiero el león como lo pintan, y que el torear, como la natación, es cuestión de perder el miedo.

Si es tan sencillo, dirán ustedes, ¿cómo es tan difícil hallar un buen torero? Repitamos nuestra tesis de que no es arrojo, propiamente dicho, lo que pide el toreo; muchos jabatos han fracasado. El toreo es un conjunto de gracias y alegrías, de guapezas, de arte, de algo sublime que sólo Dios da. Dificilísimo es encontrar una mujer arquetipo de belleza, pero la que es asom-

brosamente bella no ha puesto nada para serlo, de su madre lo trajo. ¿Será sencilla la belleza?...

Todas las profesiones son arriesgadas, poco o mucho, pero podemos citar algunas, que a todas luces lo son más que el toreo. Navegante, chauffeur, ferroviario, pescador, minero, médico, químico, policía, carcelero. De intento no citamos al militar, porque ese pasa la regla.

¿Qué tiene, pues, la torería, que sin presentar dificultad invencible, ni riesgo insuperable, es tan difícil el éxito? Eso no lo sabe nadie, ni el torero que hace lo mismo y aún más que otro, y, no obstante, pasa desapercibido. Ni el espectador, que se entusiasma con lo que uno realiza, y permanece insensible ante la misma cosa realizada por otro. Es inexplicable. Hay empleados en las ganaderías, hombres de arrestos, de grandes conocimientos, familiarizados con los toros, pero ¿torear? ni pizca. En cambio, un niño que jamás vió toros más que en estofado, sale a la plaza y desde el primer día arma un escándalo. ¿Quién puede explicarlo?...



II. Demostrado en el número anterior que en la fiesta taurina no se arriesga la vida tanto como se dice, no queda en el presente sino averiguar si aquélla es útil y noble. Pero como para demostrarlo se ha escrito esta obrita, su contestación está en el juicio que el lector obtenga de

la obra misma y de su propio sentido, tan clarividente al menos como el nuestro.

No obstante, se nos ocurre pensar que si por inútil debe desaparecer la torería, también deben desaparecer, no sólo los deportes de todo género, sino las bellas artes, que siendo tan inútiles como el toreo, es este tan noble como aquéllas.

Toreo es pintura, es estatuaria, es plástica, es danza, y es escénica; con la máscara de Talía, pero sin fingimiento, donde las diversas emociones recorren todos los matices de la mímica y de la acción, desde la mueca trágica de espanto al radiante gesto del genio triunfador.

*
* *

Si la torería es atavismo, y si hace pensar que toda la nación es un conjunto de tribus feroces, o, al menos, de países incivilizados, la misma extensión del concepto trunca su sentido. El crítico es consecuente al suponer que, siendo feroz la corrida de toros, y gustándola toda España, la nación entera siente ferocismo ancestral. Pero esta misma consecuencia deshace el concepto, puesto que es a todas luces descabellado suponer en nuestra Patria tales sentimientos salvajes y retraso tal. Mucho menos cuando todos estamos hartos de saber que los súbditos de las más progresivas naciones se entusiasman con nuestra fiesta, cuando un ex-

tranjero pagó miles de pesetas por la coleta de Frascuelo, y cuando vemos que dentro de España la taurofilia crece en razón directa del adelanto de la comarca. No hay afición en las Hurdes, ni en las Batuecas, pero la hay muy arraigada en Zaragoza, en Valencia, dos plazas en Sevilla, dos en Barcelona, tres en Madrid, y aún la afición llega a su apogeo entre las clases distinguidas, a quienes no hay que motejar de feroces, y las corridas de San Sebastián son el clou de los festejos que en la capital donostiarra organiza la gente de tono, con extraordinaria afluencia de franceses, quienes llevan la palma en esto de la civilización.

***

Damos por concluída la réplica, y en el capítulo que sigue expondremos otras ventajas que el toreo ofrece, no discutidas por nadie, pero cuya exposición contribuye poderosamente a la defensa que estamos desarrollando.

Bien quisiéramos extender más los alegatos argumentados, pero ni la índole del trabajo, ni las dimensiones editoriales de que disponemos nos toleran mayor amplitud.





CAPÍTULO II.

OTRAS VENTAJAS DEL TOREO

LA FUERZA Y LA CULTURA FÍSICA.—ACCIÓN PEDAGÓGICA.—ACCIÓN HIGIÉNICA.—EDIFICACIÓN, ORNATO Y BENEFICENCIA.—ATRACCIÓN DE FORASTEROS.—EL NEGOCIO ANDALUZ.—PATRIOTISMO Y TIPISMO.—LA PRUEBA DEL INSTINTO.—LA FIESTA NACIONAL.

LA FUERZA Y LA CULTURA FÍSICA

Todo cuanto se hable de la integridad, de la inviolabilidad, de la permanencia del Derecho, es mera palabrería. El Derecho existe, pero hay que defenderlo con la fuerza. Si un día aboliéramos las fuerzas autoritarias, los Ejércitos, los Institutos armados, los Tribunales de Justicia, las Cárceles, las sanciones intimidativas, aparecería campando por sus respetos otra fuerza de bravuconería y ma-

tonismo, y si desaparecidas, sucesivamente, todas las fuerzas que fueran apareciendo en suplantación a las precedentes quedarán solas dos personas en el mundo, una de ellas quedaría en forzosa sumisión a la otra.

El concepto de fuerza no queda reducido a la impulsión o resistencia muscular. Fuerza tiene la amplitud del poder sensorial, fuerza es energía, aunque sea incapaz de mover un átomo, es vista, oído, olfato, gusto, tacto, conocimiento, percepción y asociación; fuerza, en resumen, es energía nerviosa.

La penuria de fuerza es motivo de derrota y pérdida, lo mismo en los conflictos armados que en todas las relaciones particulares. Capital, higiene, belleza, imaginación, caudal de ideas, descubrimientos, progreso fabril y científico, todo es fuerza. Con la particularidad de que la pujanza vital es primaria y anterior a los procesos mentales; una mentalidad sana requiere un precedente de sanidad corpórea, como una flor pintada y aromática, acusa la preexistencia de un tallo robusto y jugoso De aquí la necesidad de la gimnasia, de la cultura física.

Cuando estas verdades están elevadas a la categoría de leyes educativas, cuando los pueblos anhelan el desarrollo orgánico, cuando todos han ideado certámenes en este sentido, ¿vamos nosotros a combatir, a desterrar nues-

tro clásico deporte, el que tiene su razón de ser en la propia contextura nacional?...

Porque la torería reúne todas las cualidades exigidas por la cultura física. Fuerza, agilidad, belleza de movimientos, atención, improvisación, salto, carrera, empleo de todos los músculos... No puede darse ejercicio más completo. El juego de pelota carece de visualidad y elegancia, como el hipismo y el balompié, sólo cultivando este último la musculatura inferior; gran costo y lejanía necesita el alpinismo, y, en general, ninguno es tan vistoso y arrogante como nuestra fiesta. Hoy es sólo afrontable para las distracciones infantiles y para el cultivo de los profesionales, sin perjuicio de que nosotros opinemos que en no lejana fecha ha de tener ampliación a toda la juventud. Hoy por hoy, es la diversión favorita de los muchachos, quienes a cada lance o episodio, procuran erguir el cuerpo, enderezar el busto, adoptar, en fin, posturas de encanto y plasticismo. Claro es, que de no conocerse los toros, los niños jugarían de todos modos, como juegan en todas partes del planeta. El juego en los pequeñuelos no es travesura ni inquietud perniciosa, como han creído los antiguos dómines de palmetazo y tente tieso, que exigían de los angelitos una formalidad silenciosa e inmóvil, contradictora de las naturales exigencias de la edad y de las demandas del crecimiento y

formación, ni es maldad retozona y picaresca, como—a semejanza de los dómines—sustentan muchos papás adustos y estirados.

El juego es una necesidad fisiológica espontánea, y ¡ay del niño que no juegue, que no retoce, que no cometa esas angelicales travesuras de la infancia!...

Saltan y revolotean los pajarillos jóvenes, como poseídos de un loco furor; los terneros son extraordinariamente juguetones; el borriquillo, no cesa en sus grotescas cabriolas, y hasta el arbolillo joven, delgado y tierno, que cimbrea rumoroso a cada hálito del viento, adquiere después la dureza inconmovible del árbol viejo. Se citan casos anormales de criaturas que desde su nacimiento permanecieron inmóviles por diferentes causas, y al llegar el momento en que pudieron disponer de su motilidad, estaban como los párvulos, torpones e incapaces para tenerse en pie.

De todos modos habrían de jugar, pero es lo cierto, que ningún juego reune esa doble condición de elevar el alma y fortalecer la salud.

Cuando los chiquillos juegan al toro, satisfacen esa inclinación, y abren de paso, en sus almas nuevas, la brecha incipiente de las aspiraciones. Por el juego del toro se inician en el sentimiento de la gloria, de la fama; haciendo esto que ellos hacen con sus avíos de juguete,

conquistan los hombres ovaciones y orejas, frente a un astado de verdad y con trastos auténticos. El gran estímulo de la vida, el que muchas gentes suelen desconocer en sus maduras edades, lo que diferencia al hombre cabal del idiota insensibilizado, la llama sacrosanta de la lícita ambición, prende en el alma española con los primeros chispazos de la torería juguetona.

Ninguna diversión habla tanto al espíritu, ninguna desflora el ansia rotunda de ser, como lo hace en los niños de España el juego de los toros.

ACCIÓN PEDAGÓGICA

El pedagogo primitivo, el que cuidaba al paidos, niño, era como los porqueros de Castilla, un ciudadano helénico que a cierta hora de la mañana tocaba un cuerno y reunía a todos los mocosos de la vecindad para llevárselos al campo.

Después, el maestro de escuela, sólo atendía al castigo y a la torcedura de la acción expansional. La alegría, la inquietud, la picardía, todo ello era preciso evitarlo a fuerza de látigo, por la razón concluyente de que el arbolito ha de ser enderezado desde la plantación. ¡Dichoso arbolito que tanta lágrima ha costado, símbolo funesto para la inocente niñez!

Es que el mundo se asentaba en cimientos vengadores; y la Pedagogía, que siempre marchó por camino paralelo al camino de la Justicia, imitaba en sus preceptos a la dureza enjuiciadora y penal. El arte de la educación es el arte de administrar justicia durante la minoría. Un chiquillo delinque, y no cae en las mallas del Código, sino en los brazos de la Pedagogía; su juez lo es el maestro; su presidio, la Escuela de reforma.

Los delitos del hombre, son travesuras del niño, y tienen sanción escolar. Maestro y magistrado son dos palabras procedentes de la latina *magister;* magistratura y magisterio guardan una sinonimia que se refleja en ambas funciones.

La pena judicial ha corrido por los senderos de la vindicta o venganza; en el tallón se penaba con ojo por ojo, diente por diente, brazo por brazo, vida por vida. Hoy, se informa la ciencia penitenciaria en idealidad correctora; no se aplica una condena por el afán de vengar a la sociedad del perjuicio que el reo ocasionara; se anhela ante todo reformar al sujeto, devolverlo sano, como la clínica y el hospital restituyen a la vida un organismo normalizado.

Pues de esta suerte, la Pedagogía tiene idénticas aspiraciones, y cumple su cometido por el tratamiento individual de estímulos y afirmaciones de la dignidad, prefiriendo el premio y el

consejo al castigo y la amenaza. Llevar a un niño el convencimiento de que debe conducirse por tales normas de equidad, es actuar en el plano superior, cortical del cerebro; mientras que la intimidación, sin pleno y antecedente convencimiento mental, es limitarse a excitar los instintos medulares de conservación.

Asímismo, para documentar al niño en la significación de las instituciones sociales, nada mejor que la práctica en el funcionamiento de las mismas.

Con esto queremos demostrar la gran conveniencia de la ejercitación en el aprendizaje, para venir siempre a parar a nuestro asunto taurino. El toreo pone en actividad numerosas virtudes y actuaciones de rectitud que son normas de una buena Pedagogía.

Encontramos en primer término un gran factor de *lealtad*. En todos los juegos se lucha encarnizadamente por derrotar impíamente al adversario; se establecen enconados pugilatos entre los opuestos equipos, y la conquista de un tanto es como un combate sin cuartel, de ese tanto, de ese punto maldito que va deshonrando lentamente al vencido, uno a uno, hasta la derrota definitiva. En todos los torneos, el triunfo de uno lleva emparejado el desprestigio de otro; en los toros no hay crédito que resalte empañando al del contrario; todos los toreros pueden a un tiempo vencer, todos pueden perder a

un tiempo; no consiste la gloria en la burda prueba de un goal, o en el anticipo de un centímetro en la arribada a la meta, sino en la ovación y en la grita, nunca precisas, nunca tangibles, nunca terminantes, porque cada espectador puede opinar diverso, y hallar atenuaciones o agravantes en los juicios que merezcan las faenas. En todo hay conspiración: conspira el cómico porque le den tal papel, conspira el periodista porque le den tal sección, conspira el burócrata porque le den tal negociado... El ruedo taurino rechaza las conspiraciones; cada cual tiene allí sus deberes que llenar, y nadie, nadie puede invadir las atribuciones de otro; todas las suertes están sometidas a turno riguroso, turnos de antigüedad en el cartel, turnos para los picadores, turnos para los quites, para las banderillas, para las sustituciones producidas por percances, turno riguroso para todos los actos, acreditando un gran *orden* y un mayor *método.*

En cuanto al público, no puede ser más leal, pues está siempre dispuesto a otorgar el premio al mérito intrínseco, por encima de partidismos y preferencias.

Donde hubiere lealtad hay *compañerismo,* cualidad que brilla por su ausencia en toda otra diversión. El ginete no puede tener caridad al que se queda atrás, ni refrenar para darle ventajas; los equipos no pueden favorecer en lo

más mínimo al contrario, porque lo que se anhela es vencer a todo trance. En torería todos se ayudan, porque en esa mutua ayuda, en ese trabajar para que triunfe un compañero, en esa reciprocidad de auxilios es donde están, precisamente, el aplauso y el éxito. Un quite, un capotazo al toro cuando persigue a un torero, vale una envidiable ovación.

Y de esta reciprocidad de auxilio se deriva un *heroísmo*. Preciado es, en sociedad, quien defiende la vida del prójimo con riesgo de la suya, y para ello se creó la meritísima orden de Beneficencia. Pues, ¿qué otra cosa hay en torería sino una constante contribución de defensas y exposiciones? ¿Hay nada más bello que un coleo? ¿Hay nada que eleve más el espíritu altruísta de las masas espectadoras como esos momentos en que por haber caído un lidiador en la cara, todos acuden veloces al toro, y, decididos, heroicos, luchan a brazo partido con él para salvar la vida del compañero?... Tan definitiva expresión de belleza sólo se produce en las corridas de toros.

Sigamos adelante. En Pedagogía se concede hoy gran importancia al cultivo de la *atención*. Es claro que la atención se precisa para seguir los incidentes de todo espectáculo; pero es que en nuestra fiesta adquiere aquella inusitada intensidad La exquisita atención que requiere el torero no es preciso encarecerla; en cualquier

orden de cosas, una ausencia, una pérdida de conciencia, cuesta un fracaso; en torería cuesta sangre.

Y la atención que despliega el espectador, el buen espectador, es tan completa que nos absorbe por entero.

Nosotros hemos contemplado al público elegante de la ópera, de las carreras, del tiro..., y maldita la atención que presta a lo que desfile por el escenario o por la pista; parece de mal gusto, de provincianismo, embobarse en la contemplación del espectáculo... En los toros, del Rey abajo, todos prestan absoluta atención.

Cada uno de los interminables matices de ejecución en los diversos tiempos de las suertes, mueven las opiniones, establecen la ponderación y determinan el *fallo* personal, esos fallos tan diferentes entre sí, que originan la gráfica frase revisteril "División de opiniones." Esta diversidad sólo se ve en las corridas de toros; un golletazo a un toro ladrón, produce indiferenciada explosión de sanciones; unos dicen que así deben morir los marrajos, otros aseguran que el matador no debe recurrir nunca a esos procedimientos, el torero no se ha de dejar matar por un traidor, el torero debe tener recursos para manejar a esta casta de morlacos; unos aplauden, otros silban, otros dicen que lo mejor es el silencio, éstos lo toman a guasa, aquéllos se muestran indiferentes... Y es lo insólito, que

todos, obrando de diversa forma ante el hecho único, todos tienen razón, porque la sanción, en teoría, viene derecha del alma, es un fenómeno de psiquis subjetiva, y de aquí que nuestra fiesta se sienta tan hondo en el alma popular.

Cualquier otro espectáculo es más mecánico; las carreras se ganan matemáticamente por un centímetro, no hay lugar a discusiones, y en los restantes deportes, el tanto manda, preciso, rectilíneo, fatal.

No negaremos con esto, que el fallo entra en todos los espectáculos; no pretendemos demostrar que sólo opina, juzga y falla el público de las corridas de toros; si esto fuera así, las gentes no tendrían nada que hacer en las tribunas, y nadie acudiría a ellas; algo hermoso, sugestivo, encontrarán cuando se placen en asistir. pero aun cuando estas distracciones exóticas tuvieran gran acción sobre el pensamiento, ello acontecería en los países de origen de cada una, no en España, donde son desconocidas de la generalidad; siguiéndose de aquí, que nuestra fiesta, efecto de causa étnica, es completamente insustituible.

Las corridas de toros se entienden admirablemente por todos los españoles, mejor dicho: no hay que entenderlas, sino que se sienten, como se siente la fe, como se siente el arte, como se sienten las ideas abstractas de amor, patria y deber.

Asombra, en efecto, la intuición crítica de los públicos, aun los menos duchos, aun los aldeanos, y en esto se funda otra virtud de esencia educativa: la *fácil comprensión*.

Fíjense ustedes y verán que en el frontón, en la pista, en el campo de sport, en el tiro, en todas las diversiones de este género, hay un Jurado calificador; en las corridas de toros no hay más árbitro que el público. Es natural que al amparo de esta libertad de acción, de esta beligerancia que al pueblo se le atribuye, se ejercite en las atribuciones del fallo en *justicia*,—que es la gran característica pedagógica y legal—y en *democracia*, que es la gran virtud de los pueblos libres.

PROBIDAD... Para la demostración de que las normas pedagógicas caminan paralelas a las normas juristas, como que la educación del menor, consiste en prepararlo para la adaptación a los deberes legales y a los legales derechos, hemos de subrayar la importancia de las disciplinas de probidad, para prevenir al ciudadano, dominando el instinto de codicia ante los bienes ajenos. Todo pasatiempo que se complique con el apetito hacia el dinero, está reprobado por los moralistas.

Donde se mezcla un azar decididor de una suerte, se ofende a la Moral, y donde se fuerza artificialmente al azar para producir el engaño, se ofende al Derecho, caminando hacia el deli-

to. Todos conocemos las argucias a que suele recurrirse; hay en las carreras un caballo favorito, por el que se apuestan crecidas cantidades; pero una inteligencia, por el camino del soborno, con el jockey que lo monta, hace que este caballo pierda, estafándose lindamente las cantidades que se cruzaron. Todos también conocemos la martingala usada en los partidos de pelota, y en las competencias de billar, en las que el mejor jugador se deja aventajar, puesto de acuerdo con unos señores del público que apuestan por él contrario.

En las corridas de toros no existen estos enjuagues, y el público, a la par que los toreros, podrá dejarse influenciar por simpatías, podrá abrigar apasionamientos y fobias, pero siempre lo hará desinteresadamente, sin la proterva mediación de un designio de bastardo lucro.

También los maestros de escuela se esfuerzan en desarraigar de sus alumnos las injusticias y los rencores, oponiendo a tan reprobables sentimientos las nociones de *justicia* y de *perdón.* Pues para guiar al populacho por estos senderos de perfección, no serán obstáculos las prácticas observadas en las corridas de toros. Hemos visto muchas veces cómo un artista de otro género ha caído en desgracia ante un público, y cómo sin explicación satisfactoria ha sido despreciado el ídolo de ayer. En las corridas de toros, la justicia y el perdón constituyen pre-

ceptos dogmáticos, y todo el mundo observa y se asombra de esa cualidad del público taurino de ovacionar en este minuto al que abroncó en el minuto precedente; y todo espectador sabe que hay una hidalguía que lo compele a ser justiciero en su fallo, ante el momento intrínseco, sin que pueda restar mérito a una faena el hecho de que el lidiador haya estado pésimo en la faena anterior; no puede comprenderse el rencor en torería, puesto que hay en nuestra fiesta esa cualidad de que el torero debe «sacarse la espina», esto es, borrar, con el mérito presente, el mal efecto causado hace poco. Fíjense ustedes el ridículo en que caería un espectador si dijera: «ahora lo está haciendo muy bien Fulanito, pero yo lo silbo en venganza de lo mal que lo hizo antes»... En torería no se conoce la venganza. Un hombre enigmático, Rafael Gómez *el Gallo*, ha puesto de manifiesto esa capacidad de justicia y perdón que posee el público; un formidable fracaso suyo, con todas las agravantes de la indignidad torera, no ha impedido el triunfo resonante momentos después.

Ello quiere decir que en las corridas de toros se ejerce la inviolable lealtad castellana, la hidalguía ibera; el romanticismo español que perfuma cuanto toca, que derrama perdón cristiano, que no conoce el rencor, que tiñó con sangre y exornó con oro su circo, y que en la gama oscilante de su fiesta tradicional, ha re-

medado la oscilación triunfadora de su bandera.

¡Por algo se inventaron las corridas cuando el sol no se ponía en los dominios de España... Cuando en la redondez del mundo, como en el ruedo esférico, los pintorescos peones lo invadían todo, saltando el meridiano de sol y sombra... Cuando el peligro era saludado con estruendo de risas... Cuando una cinta bicolor rodeaba al mundo, para que en la barrera del patriotismo se amparara el soldado... Cuando nuestro vivir era una inextinguible epopeya taurina, de toros muzárabes, agarenos, flamencos e indianos, cuya poderosa codicia se estrellaba contra la destreza de nuestros guerreros, que lidiaban a sus enemigos con arrobas de sal taurina, y los daban muerte a volapié... Cuando en la esfera celeste, no empañada con sombríos jirones de ateísmo, brillaba espléndida la luminaria de Dios!...

ACCIÓN HIGIÉNICA

En otro lugar de este libro, exponíamos las ventajas no combatidas por nadie, de asistir a las corridas de toros por finalidad de aireación, con preferencia al secuestro en lugares cerrados y de atmósfera impura, como la sala de juego, el teatro cubierto, la tertulia del café, el camarote o reservado en la taberna, etc.

En este lugar vamos a dar cabida a las reglas higiénicas que, a nuestro juicio, y como miembro que somos de la Academia Española de Higiene (no crean ustedes que somos unos cualquieras), tenemos derecho a emitir, y que deben observar los que se dedican a la arriesgada profesión del toreo.

Alimentación:

Son numerosas las experiencias que han hecho para demostrar que las féculas y las hortalizas, hacen engordar, con esa gordura adiposa, fea y perjudicial, al propio tiempo que hacen languidecer por su carencia de estimulación.

Los rumiantes, como todo el mundo sabe, se alimentan de ese modo, siendo obesos y apacibles.

Los carnívoros son más fieros, con la agilidad felina del tigre y del leopardo.

El azúcar es el gran alimento del músculo.

El exceso de cantidades ingeridas, de cualquier alimento, hincha el estómago y produce general atonía. Todos los animales, cuando comen fuerte, caen en ese sopor que nosotros, los humanos, llamamos siesta. Es precepto higiénico que debemos abandonar la mesa cuando aún nos queda un poco de apetito.

El alimento, pues, del torero, debe ser esencialmente nitrogenado y de poco volumen: carne, leche, huevos, pescados, frutas, con el menor uso de bebidas alcohólicas, y dando prefe-

rencia al te, por sus excelentes condiciones para quemar los tejidos grasos. Debe vigilar la perfecta limpieza de su estómago, pues las intoxicaciones producidas por los fermentos de las vías digestivas, distribuyen las toxinas por todo el organismo y favorecen el apogeo de la fiebre en un caso de percance.

Debe dedicarse diariamente a ejercicios que le hagan resistente al enorme trabajo que tiene que realizar en cada corrida, procurando ir siempre muy fajado para habituarse al tormento del traje de luces, y familiarizándose con el sol y con el sudor. Ningún ejercicio mejor que torear diariamente en los cerrados, y, a falta de esto, ejercitar la cadera para fortalecer los músculos del fémur, que son los verdaderos sostenes del lidiador, no olvidando el desenvolvimiento de los biceps y de las articulaciones de los dedos con un dinamómetro, para sostener, sin cansancio, los avíos y para evitar que, por falta de fuerza en la mano, salga desarmado muchas veces con el consiguiente deslucimiento.

En el uso de Venus debe ser parco, satisfaciendo únicamente el deseo, cuando existe un verdadero imperativo de la naturaleza, sin hacer excesos por demostrar hombría.

No crea el lector que permaneció siempre ajeno a las intimidades del toreo, que, estos preceptos higiénicos son cosas ignoradas por los profesionales; hay muchos toreros que avaros

de sus facultades, huyen de la crápula y siguen un método de sobriedad y orden que les preserve contra el despilfarro de energías; y digo esto para añadir un dato más en favor del concepto formal de la lidia de reses bravas.

EDIFICACIÓN, ORNATO Y BENEFICENCIA

La construcción de una plaza de toros es una obra que da de comer a mucha gente, y la edificación taurina, de orden monumental, contribuye al ornato de una población.

También los teatros asumen este carácter ornamental, pero hay que instalar estos edificios en puntos muy céntricos, de costoso solar, y se resta con ellos espacio al negocio ciudadano y a la vivienda. La plaza de toros se construye siempre en lugares lejanos, no roba espacio central, y contribuye al ensanche urbano, pues hacia donde quiera que se construya el circo, derivará en breve la descongestión.

El Hipódromo y los campos de tennis y football, no producen utilidad al ramo de construcción, y ocupan extensiones considerables aptas para la siembra. No sirven tampoco de ornato a la localidad.

ATRACCIÓN DE FORASTEROS

Todas las ciudades, todos los pueblos, juzgan beneficioso para sus intereses la atracción de

forasteros, esto es una verdad que nadie se atreverá a discutir. Para lograrlo se nombran comisiones de festejos, se componen programas, se hace propaganda intensa. Pues siempre, sin excepción, hay que rendirse a la evidencia de que lo más eficaz, lo que atrae más forasterío, es la corrida de toros.

Las ferias anuales, que en otros tiempos de difíciles comunicaciones cumplían su misión de atraer productos de regiones lejanas, que constituían épocas trascendentales de intercambio y transacción, que obedecían a una lógica razón de ser, son hoy casi inútiles, puesto que la rapidez de locomoción facilita la feria de tráfico perpetuo.

El ferial de Madrid, en otros siglos opulento, se reduce hoy a términos irrisorios de librería de lance, de avellanas y tíos vivos.

La espléndida feria de Sevilla, debe su esplendidez a una derivación suntuosa; no es la reunión de mercancías importadas, sino la exposición del genio sevillano, de la alegría y de la gracia de este bendito país que sabe reir con el encanto de la castidad, con la divina contracción de unos rojos labios de virgen, no con la mueca soez de la lujuria... ¡Sevilla!... ¡Alma mía!... Nada hay material en tí; todo es etéreo, espiritual, celeste; tienen allí alma las piedras, los troncos; todo mira, ríe, parpadea, vive, todo es inmaterial y hasta el calor es un calmante, un narcótico de los dolores del vivir... ¡¡Sevilla!!...

¿Por qué—pues—existe la taurina hegemonía andaluza?... Ya lo explicaremos en otro lugar; en este artículo basta dejar sentado el hecho. En su consecuencia, la torería es un buen negocio meridional; las calles y las campiñas sevillanas ofrecen testimonios, en inmuebles valiosos y en haciendas magníficas, de este pingüe negocio.

Derívase de aquí que no debieran existir taurófobos en la tierra del sol... Pues los hay, y muy enconados; y si por casualidad tuvieran razón, es incuestionable que no serían lógicos.

Combátanse las corridas de toros por pensadores gallegos, catalanes, astures, manchegos; por escritores de países que, sin ganar un céntimo en los negocios de toros, contribuyen a que el importe de las localidades emigre a Andalucía... Demostrarían amor a la tierruca.

Lo que es incomprensible, y patentiza la insensatez de los que podemos llamar nuestros adversarios, es que se hagan campañas de este jaez en Sevilla misma, donde, como ahora decíamos, apenas hay hogar que no haya recibido algún beneficio de la fiesta que nos ocupa.

Moverían a risa los abstemios que hicieran propaganda en la Champaña, en nombre de la liga antialcohólica; o los pacifistas que combatieran en Essen el funcionamiento de la Casa Krup, o los higienistas que intentaran difundir en la Habana aversión al cultivo del tabaco; o

los moralistas que fueran a Montecarlo a censurar la ruleta...

¡Mueran los toros!... ¡Mueran!... Sí, hombre, sí, que mueran, pero no en Andalucía, almas columbas.

PATRIOTISMO Y TIPISMO

No hay como una catástrofe familiar para estrechar el afecto a la parentela; la defunción de un consanguíneo es el momento de hacer las paces, de olvidar las ofensas, de abolir los resquemores, de invalidar los odios... Estos tristes episodios ejercen la purificación del dolor, y es entonces cuando se ejerce justicia a lo bueno, se atenúa lo malo, y hasta lo malo del difunto parece bueno.

Con esto de la guerra europea, catástrofe de las grandes familias nacionales, se ha acentuado el amor a la patria potestad. Todos los pueblos se extreman en diferenciarse de los otros, y procuran fomentar las costumbres típicas y los rasgos étnicos.

Bien quisiéramos que España, imitadora de tan buen ejemplo, se aplicara a subrayar otros atributos de más importancia que el toreo; los paños catalanes y salmantinos, las sidras gallegas, el carbón asturiano, los embutidos extremeños, los aceites cordobeses, los caldos manchegos, el azogue de Almadén, el cobre

onubense, las frutas levantinas, el subsuelo, la canalización, la red ferroviaria, etc...; el impulso a estas actividades acusa potencia regeneratriz.

No obstante, aunque el toreo no pase de la categoría de simple deporte de cultura física, no debemos calumniarlo, sino recogerlo con amor como una costumbre pletórica de tipismo que, con la extraña sugestión de su arte, contribuye a la formación del temperamento nacional.

Sírvanos siquiera el ejemplo de la tragedia para reconcentrarnos en ese autoafecto que se encontraba tan deprimido por las múltiples complicidades del desengaño. Tengamos presente, que así como las pasiones han derrumbado en una hora los grandes bloques que creíamos inconmovibles, así también en ese azaroso voltear, puede ser que España recupere los dispersos girones de su prestigio. Defendamos a las corridas de toros, por la rotunda razón—cuando no la hubiera de más peso—de ser creación propia, y no nos avergoncemos de tan modesto fruto, pues esta muchedumbre supo también descubrir un mundo, limpiar de piratas el Océano, crear el más vasto imperio conocido y rechazar cien veces a los codiciosos intrusos.

Veamos las corridas de toros como un gesto del genio peninsular, como la distracción inofensiva en que encuentra su solaz el hércules ibero, y no las execremos por la única razón de ser invento nacional.

El tipismo es la frontera espiritual de la nación; no sólo se establecen las divisorias por los obstáculos naturales de aguas y cordilleras, sino que lo verdaderamente diferenciador de las vecindades políticas, consiste en las costumbres tradicionales, en los bailes y canciones, en las narraciones y leyendas, en la policromía de los trajes, en sus juegos y deleites, en todo aquel conjunto emotivo, que sin valer nada, sin añadir un átomo al tesoro palpable, engendra sin embargo el tesoro sentimental de las multitudes nacidas bajo un mismo girón de cielo.

Confiamos poco en la intregridad de los Estados que se asociaron para fines especulativos, sin un romántico nexo tradicional; porque el interés no crea al amor, verdadera dínamo de energías a prueba de martirio; porque sin ese apego a los lares no habría España recobrado cuatro veces su salvaje independencia... ¿Y quién duda que los españoles diseminados en las pampas continentales de América, o en los babelescos rascacielos neoyorkinos, sentirán añorantes nostalgias al conjuro de un apodo de torero español? ¿Y quién sabe si entre sus complejos anhelos de volver a la Patria, figura como leve motivo al fin, el deseo de ver corridas de toros?... ¿Por qué, si no hubiera este sentimiento, serían tan agasajados los toreros en aquellas comarcas del sur?... ¡Y es tan española la fiesta nacional, tan española!... Terrible tor-

tura la del emigrado, que mirando al vacío, en su contemplación ultramarina, vea en su mente el anillo amarillento, y recuerde a las mujeres morenas con mantillas blancas y claveles rojos, el perfume de las flores de España, y el sol de España restallando en los tendidos, y las brisas de España acariciando los capotes, y los colores de España, y los paso-dobles y los aires regionales... Jamás puede sintetizarse tanto, como se unifica en los toros el concepto de Patria, de nuestra Patria inconfundible... Nuestra fiesta es un amuleto, un imán que atrae al perdido, como si la plaza fuera el centro de gravedad de los pensamientos españoles.

LA PRUEBA DEL INSTINTO

Con lo dicho hasta aquí, se comprende ya que nuestro gentil torneo está incrustado en el espíritu de la raza; al arrancar la institución vendrían detrás pedazos de alma enredados en la raigambre, puesto que la torería no es hecho aislado, sino articulación extensa, suma de haces nerviosos, síntesis nacional. Permítasenos el lirismo de suponer que el gran círculo de la plaza, es una lente muy grande, que reúne los rayos de nuestro linaje sentimental en el foco luminoso y candente de una hazaña taurina.

Vive la afición en las profundas capas cerebrales de nuestro instinto; habría de ser intrín-

secamente mala esta afición, y, como todo es subjetivo en el mundo, sería considerada buena por plebiscito general; porque el Derecho no es otro fenómeno que el marchamo legal de una opinión mayoritaria, y hacer una preceptiva es como esculpir una costumbre en las pétreas tablas de la ley.

La humanidad, guiada por su instinto, crea sus normas biológicas, buenas o malas, lógicas o monstruosas, y después las santifica con el bautismo legal, y las defiende con la espada de Temis.

Vive la afición taurina—decíamos—en las profundas capas cerebrales de nuestro instinto, y es inútil debatirse contra la ola impetuosa de la inclinación simpática de la inmensa generalidad. El instinto nacional nos dice que hay en nuestra fiesta algo más que liviano pasatiempo; y no siendo la maldad patrimonio del instituto español, hay que abandonarse a la confianza de que nunca pudo la hidalguía producir abortos del infierno, puesto que cada cosa engendra su semejante.

¡Ea, a la Plaza; a la Plaza, ea!... como grita en su pescante el conductor de calesas... Sí, vamos a respirar unas horas las esencias legítimas del jardín de las Hespérides.



LA FIESTA NACIONAL

Como se dice en otro capítulo, en las grandes obras de España han colaborado siempre otras razas. La gran civilización levantina fué puramente fenicia. El glorioso jardín de las Hespérides tuvo su leyenda en tiempos de Grecia. Adriano y Trajano, Itálica, Sagunto y Numancia, tuvieron savia romana. El arte muzárabe fué de esencia agarena. El Derecho foral, el feudalismo y la suntuaria medioeval, se debieron a la energía gótica. En las Cruzadas compartió España sus glorias con toda la raza latina. El siglo de oro se inspiró en el genio etrusco, y la pintura en la técnica flamenca. En la Náutica fué contemporánea de los célebres mercaderes de Venecia, de los navegantes de Holanda y de las esforzadas grandezas de Vasco de Gama, fundador de factorías en el poniente de Africa. En el colosal descubrimiento de América, se reunieron las sangres de Arabia, de Florencia y de Bizancio, siendo genovés el númen básico de aquélla titánica jornada, portugués Magallanes, y españoles los Pinzones, Ercilla, Pizarro, Torres y Gonzalo de Oviedo.

Por el carácter combinado que tuvo el gran empeño de descubrir las fabulosas lejanías de occidente, esa epopeya constituye en su aniversario el festival del mundo.

Fiesta de nuestra raza sería, por derecho propio, la conquista de Granada por los Reyes Católicos, en cuyo acontecimiento se confirmó el poderío ibero triunfador de la Reconquista, hecha exclusivamente por galaicos, astures, cántabros, castellanos y andaluces, después de ocho siglos de arraigo de la dominación musulmana.

Casi todos los actos del genio español, históricos, científicos, o de arte, han adolecido de la colaboración extranjera. La fiesta de los toros es creación intrínsecamente nacional, sin nada, absolutamente nada extranjero. Bellas Artes, Filosofía, Ciencia, Política, Industria, Comercio... todo es modelo o copia, precedente o secuela de moldes exóticos; la fiesta de los toros es única, sola, genuína, pura. No cabe copia, imitación, porque nadie puede imitarnos. Toreros españoles, toros españoles, público español, caballos españoles, herramientas españolas... No hay medio; en esto de los toros no hay quien nos meta mano. El boxeo, el foot-ball, el jiutzu, el pelotarismo, el hipismo, cuantas fiestas gimnásticas han ideado por esas tierras, pueden ser imitadas, corregidas y aumentadas en todas partes. La fiesta de los toros es nuestra, absolutamente nuestra.

A la imperturbable serenidad para soportar sonriente las terribles tarascadas de una fiera poderosa, hay que unir el fuego sublime de la

inspiración en una de esas ideales faenas que los espadas realizan; a la paciencia, a la humildad con que hay que soportar a la otra fiera del público, agazapada en los tendidos, se opone una dignidad en carne viva, un amor propio infinito, una vergüenza torera capaz de afrontar los mayores riesgos, de permitir la maceración de la propia carne, para que todo se pierda menos el honor. Hay que poseer un completo dominio de sí, un gran poder de inhibición, para no azorarse al pensar que hay que concluir con el enemigo en breves minutos, aunque este enemigo llegue con todo su poder al último tercio, aunque se acule, aunque se tape, aunque derrote, aunque sea imposible meterle el brazo, y es maravilloso que entre los clamores del triunfo o el estruendo del fracaso, se conserve el pulso en integridad suficiente para acertar un descabello.

Así ha de ser el torero: bravo con la brava fiera vacuna, lleno de altivez y de burla para con ella, y cobarde con la cobarde fiera agazapada en los tendidos, respetuoso y servilmente modesto con el público.

Esas dos antagónicas condiciones concurren en el toreo, como concurren en la masa del pueblo español, que dócil como ninguno y como ninguno manso, es también como ninguno el más intrépido y fogoso.

España, por su posición geográfica, por los

contrastes de su clima, por el abigarramiento de sus dominaciones, es una abreviada recapitulación de los caracteres de todas las razas y de las producciones de todos los suelos.

Por esa recapitulación universal se comprende la extensa capacidad expansiva de emigrar y reproducirse en los climas más opuestos, y esa es la causa de que los toreros puedan poseer tal gama sentimental. No a capricho se eligió al león como penate de las huestes españolas; no hay en la fauna un ser más noble, y a la vez más espantable en sus accesos de cólera.

Hay una virtud teologal, la Fe, que fué en otros tiempos el más poderoso acicate de la hegemonía española, y que si hoy padece en la polémica de conflictos entre la Religión y la Ciencia, no por ello deja de actuar como bálsamo, como oasis del espíritu, como insustituíble Código de moral

Pues la Iglesia nunca combatió la fiesta nacional, señal evidente de que no la considera nociba. La Fe, como antes decíamos, anida en los toreros, en sus esposas, en sus novias, en sus parientes, y mientras la fiesta se desliza, hay labios amantes y piadosos que oran a una Virgen y le suplican que saque con bien a Fulanillo.

El orden y la obediencia, factores primarios de la paz en los pueblos, y a la vez la más holgada libertad individual, cualidades también del

pueblo español, se sintetizan palpablemente en las corridas de toros.

No hay libertad comparable con la que gozan los espectadores en las corridas de toros. Allí se fuma, come, vocifera, discute; allí hace cada quisque lo que le viene en gana, dentro siempre de un acatamiento perfecto, de una obediencia terminante a las disposiciones del palco presidencial: y una masa enorme de gentes en libertad omnímoda, sabe que allí no hay mandato, ni del Rey mismo, que se imponga al sencillo atributo de un pañuelo de bolsillo y de un toque de clarín.

Y no es tampoco una obediencia esclavista, un ciego vasallaje al Presidente; por encima de todos hay una ley que acatar, un Reglamento que cumplir, de tal suerte imperativo, que si la Presidencia se aparta de sus deberes, el pueblo soberano, con la supremacía de su poder, restaura el Derecho con sus clamores justicieros.

¿Puede darse ejemplo más bello de ejercitar la ciudadanía? ¿Quién ha dicho que las corridas de toros son elemento desintegrante de orden y disciplina?

Esa es la fiesta nacional, donde se ennoblecen las ilusiones, se excita el valor, se piensa en Dios; y es el circo, por extraña coincidencia providencial, un sitio donde se funden y confunden los colores del pabellón nacional.

Esos toreritos imberbes, delgados, nerviosos,

morenos, inteligentes y heroicos, son la estampa de nuestro pueblo; no debemos envidiar su guapeza y valor, porque en ese valor y en esa guapeza se ve retratado el español que los mira.

Nosótros queremos presumir lo que ocurriría cuando en el instante mismo en que por una hazaña se conmueve de entusiasmo una plaza, cuando se dan esos momentos en que en el anillo se están derrochando los bravos corazones, cuando empicados los ánimos se ofusca la razón y hay en todos los ámbitos un loco vendaval de emoción heróica, cuando la gente se levanta clamorosa de sus asientos y palidecen las damas y se congestionan de entusiasmo los hombres, y estalla la música en triunfo marcial y parece que los laureles llegan al tejado, y ensordece la ovación, y se transporta frenético el ánimo... ¡Oh! ¡Debemos presumir lo que acontecería, si en ese preciso momento unas trompas marciales señalaran la presencia del enemigo, y se tocara en la plaza zafarrancho de combate!...

Esa es la fiesta nacional.





CAPÍTULO III

VALOR SOCIAL DE LA GANADERÍA DE RESES BRAVAS

La democracia ganadera.—Los caballos y la defensa nacional.—El acoso y derribo. Cotos, vacadas y el reparto de las tierras. De la Corte a los cortijos. — Vacuna. Prados de herbaje.—Períodos agrícolas. Aplicaciones.

LA DEMOCRACIA GANADERA

Desde tiempo inmemorial ha habido en las ganaderías la costumbre de atender espléndidamente por los amos a los accidentes del trabajo, sin necesidad de que la Ley lo ordenara, y no parte del sueldo, sino el sueldo entero. También los ganaderos, porque así lo instituyó su moral colectiva, vienen de muy antiguo concediendo pensiones de vejez y retiro a los servidores; de

modo que los movimientos societarios de lucha obrera, son desconocidos entre ellos. Entre los propietarios y los dependientes, existe una respetuosa fraternidad, sin más cortapisas que las que impone la honda diferencia de las respectivas clases.

Hubo siempre, en consecuencia, una corriente gran precursora de democracia entre el capital y el trabajo ganaderos. Esto constituye un fenómeno poco frecuente cuyas causas creo fáciles de señalar.

El capital y el trabajo se desenvuelven en la esfera del interés y de la explotación por ambas partes, las cuales están inspiradas en un sórdido positivismo. En todas las relaciones de amos y criados, se agrupan cada cuales en mesnadas de adversarios, con el designio de explotar a sus contrincantes. El amo quiere que cada bracero le deje un superávit de utilidad, más o menos considerable, según la avaricia que lo inspire. El bracero, a su vez, anhela ganar sus jornales con el menor esfuerzo, remuneración máxima a trabajo mínimo, y le importa poco que la suma de defraudaciones constituída por las faltas de actividad arruínen al patrono. El obrero y el capitalista, pues, van, como suele decirse, de pillo a pillo, a explotarse mutuamente. El más astuto de ambos bandos es siempre el vencedor.

Claro está que se habla en términos de gene-

ralidad, que no carece de excepciones, puesto que así como hay muchos operarios que asidua y abnegadamente se entregan al arduo trabajo en provecho de su señor, hay muchos amos también, dadivosos y compasivos, que, a ciencia cierta de que merman su caudal, protegen y pagan a los criados en medida superior a sus merecimientos. Este es el ciclo forzoso de las vicisitudes por las cuales atraviesa un capital: se funda con ahorro de padres e hijos, que después de atender a sus necesidades todavía conservan un sobrante, a fuerza de privaciones unas veces y después de dejar mucho jugo al amo, o bien defraudando secretamente los bienes de éste; aparece en su día un descendiente ladino y déspota, que expolia a los que ayer mismo eran sus compañeros de proletariado—porque no hay peor cuña que la de la misma madera,—y éste resulta el verdadero fundador del capital, que crece al impulso de la varita mágica de la expoliación, y el cual capital se esfuma, por fin, entre los dedos de un heredero manirroto, o excesivamente bueno, o perdulario, quien en pocas décadas da al traste con la hacienda fabricada por sus activos ascendientes. Y el dinero de los explotados, a los explotados torna por arte de encantamiento.

Difícil le es al bracero encontrar un amo razonable, pero a éste le es igualmente difícil dar con criados leales; y si el primero ha de hallar

su tierra de promisión, habría de ser en una ganadería de reses bravas.

Porque todo el mundo sabe que no es lucro lo que el ganadero persigue; ni el positivismo ni el cálculo financiero, entran ni poco ni mucho en los planes del criador de toros de sangre; es la aspiración romántica de mejorar las castas lo que le impulsa, de crear variaciones selectas, para el mayor esplendor de su fama, para dar a sus bichos la mejor nota entre los punteros, para acreditar gloriosamente la ganadería, y para propulsar la lidia hacia el más completo resumen de gallardía y arte.

Para esto trabajan, por esto se desvelan, así es la pertinaz monomanía del ganadero, y aquél que no se despoje del positivismo financiero, que no padezca esa monomanía, que no se desvele por eso, y que por eso no trabaje, ya puede despedirse de los laureles e ir contratando cabestreros para su torada.

De aquí se sigue que el fuego romántico de la selección, del cruce y del mejoramiento castizo, inflama también, como honor de la casa, a los conocedores y administradores; amos y dependientes no están distanciados, hostiles, en constante guardia de asalto, sino identificados, compenetrados, emparentados... Cada triunfo de un novillo es una explosión de general y sincero entusiasmo, cada toro fogueado es una desolación, cada presidente que se anticipa en

sacar el pañuelo rojo es un enemigo, como es enemigo el picador que no le anda al caballo y el que pica en los sótanos, como son amigos el presidente pacienzudo, el picador que llega, el torero que acosa y el mono que saca al caballo y alegra al toro con su gorrilla.

Todo esto produce cónclaves y controversias en los cortijos, entre el ganadero y su gente; unos se apuntan el éxito, otros el error, y hay que ver la ansiedad con que se esperan las noticias del conocedor que asistió para presenciar las particularidades de los toros jugados...

Ténganse por muy ciertas las causas apuntadas, que han producido la sana democracia en las ganaderías, y véase cuánta razón nos asiste para tomar en serio esto de las corridas de toros.

Estos antecedentes demuestran que sólo espíritus refinados y un mucho artistas, pueden ser ganaderos de toros y así se explica que entre ellos existan tantos Grandes de España, tantos maestrantes y tantos próceres, que no parece sino que la posesión de una ganadería, es el vértice de todas las noblezas, y que los campos de zaínos, de berrendos o cárdenos, son campos de gules en los blasones y talegas.

LOS CABALLOS Y LA DEFENSA NACIONAL

En otro lugar se habla de los infelices pencos que mueren todos los años en la arena. Ahora

queremos ocuparnos, siquiera sea sucintamente, de otro papel que los equinos desempeñan en correlación con las ganaderías.

Aquéllos, los de la suerte de varas, que mueren anualmente en la cantidad considerable que ya ha sido fijada en algunas estadísticas, excitan intensamente la producción caballar, que de otra forma estaría muy retrasada en nuestra nación. Esos miles de inútiles pencos, al ser empleados en la plaza crean varios valores nuevos.

Primer valor: El resultante de no tener que alimentar, hasta su fallecimiento, a animales improductivos.

Segundo valor: No solamente no consumen, sino que el poseedor recibe de los contratistas de caballos el precio convenido en venta.

Tercer valor: De morir los caballos viejos y enfermos, irían al quemadero cuando no sería posible obtener de ellos ningún aprovechamiento. Muertos en la plaza, en relativa salud, dan utilidad en grasas, pieles y huesos para botonería.

Cuarto valor: El aumento de precio de los caballos jóvenes. Los países donde se come la carne de caballo, tienen resuelto el problema de la superabundancia resultante del anulamiento de la motilidad animal en la maquinaria moderna. Ahora mismo no se advierte el problema del saldo de ganado equino, con ruína de las yeguadas, en vista de que la triste oportunidad

de la guerra europea ha consumido enorme número de cabezas. Las cosas volverán a su estado, pues no hay tempestad sin calma; renacerá el vértigo del volante, del émbolo y de la dínamo, con la fuerza motriz carbonera, la hulla blanca o saltos de agua, y el motor de sangre quedará nuevamente anulado en la vorágine industrial.

Reducido el negocio de las dehesas, no es tal negocio, y la explotación agrícola invadirá los prados de herbaje, tendiendo a desaparecer los domésticos cuadrúpedos, tan necesarios, de otra parte, en el tráfico rodado y en las faenas campesinas, con menoscabo de los intercambios vecinales.

Y hay otro peligro: la misma guerra europea ha demostrado la insustituibilidad de estos animales, para el jinete en las llanuras, y para la Artillería en las montañas, sin contar con los múltiples auxiliares de retaguardia. Pensar que las guerras puedan desaparecer es venturoso e utopismo, negado en la filosofía de la Historia.

Hay, pues, que vivir prevenido, arma al brazo, para la defensa nacional, y una de las armas lo es el Arma de Caballería.

En los países, repetimos, en que se ingiere la carne de caballo, ya se sabe la solución, aunque no satisfactoria, porque los comerciantes sólo procurarán la producción de piezas gruesas, de

muchas arrobas, como en los rebaños de cerda, y será difícil conservar los tipos ágiles, delgados y resistentes, propios para la guerra. Este resultado se ha visto claramente en Francia, y este es el motivo de la fiebre conque se han dedicado en Europa a la afición hípica, como pretexto para conservar el ligerísimo potro inglés de pura sangre, que ni pintado lo hay mejor para campaña.

Dudamos nosotros de que la sola intervención de un sport aristocrático garantice la existencia de caballos en profusión para las necesidades de la guerra. El hipódromo producirá al semental, pedigrees, extraordinariamente depurado, pero con sólo sementales no se improvisan, en un momento dado, cientos de equipados escuadrones.

Merced a los toros tiene este problema mejor resolución en España, porque nuestra fiesta, gran consumidora de caballos, fomenta poderosamente su producción.

El otro tipo de caballo a que nos queríamos referir, es el ejemplar selectivo que se emplea en las ganaderías. Para la vigilancia, para el acoso y derribo, para la tienta de las reses bravas, se necesitan caballos que reúnan las extraordinarias condiciones de ligereza que posee el pura sangre inglés. Y como esta necesidad del caballo ligero se ha sentido en las ganaderías desde muy antiguo, puede decirse que ellas son

las precursoras del repetido modelo de pura sangre inglesa.

En Inglaterra usan los criadores de caballos un libro registro de los descendientes de un tronco seleccionado; ese libro de la herencia, heirbook, colecciona en árbol genealógico todas las condiciones típicas de cada individuo; así puede ser estudiada una larga descendencia, adquiriéndose los conocimientos necesarios de una buena selección, y comprobando, y aun descubriendo, las leyes de la herencia.

Cuentan, además, las ganaderías con un número muy razonable de caballos pura sangre, que en una guerra desempeñarían valioso papel. No son muchos los caballos que la ganadería necesita, es cierto, pero poniendo a siete, como término medio, los que posee cada una de las ciento siete ganaderías bravas, véase cómo en un momento dado puede entregarse al Ejército más de setecientos caballos de purísima sangre, de aptitudes ideales. Esto sin tener en cuenta la constante contribución de caballos servidos en venta todos los años a las remontas, y que demuestra la gran utilidad que la ganadería brava reporta al Ejército.

El ministerio de la Guerra, reconociendo expresamente esta pública utilidad, demanda buena cuenta de los pedigrees ó caballos de simiente castiza, y lleva un registro de todos ellos, que da al conocimiento público por medio de folle-

tos estadísticos anuales, llamados *hood-books*, o libros de sangre.

EL ACOSO Y DERRIBO

El problema de la desaparición del caballo, o de su producción mezquina para las necesidades de la guerra, trae sobre el tapete la imperiosa urgencia de la cría en remontas por cuenta del Estado. Pero, supuesta la desaparición, que hoy es solo relativa y que mañana podrá ser absoluta por el dominio de la maquinaria, la crianza oficial será ruinosa. El Ejército sólo puede quedarse con caballos pletóricos de condiciones, de vida y gallardía; el caballo marcial ha de reunir difíciles particularidades, porque el tipo de tiro en servicios auxiliares también es eliminado por el automóvil. De los caballos producidos sólo puede aprovecharse un tanto por ciento, y si los restantes no se venden, el costo será muy grande; en España, en último caso, las corridas de toros aprovecharían el remanente.

De este peligro ha nacido la idea de impulsar los juegos gimnásticos de hipismo, dando entrada al caballo en la cultura física de la juventud. Así han surgido las carreras, el tennis, la persecución de liebres, la natación montada, etc.; con estos juegos se mantiene el fuego sagrado de la cría.

Todos ellos pueden emplearse aquí, y de hecho se emplean. Pero es que España tiene otro bellísimo sport, para el que se necesitan caballos de excepcionales dotes, un sport que es imposible en el Extranjero, porque para practicarlo se necesitan novillos bravos, toros de casta lidiable, ¡toros!... y toros de ese jáez no los hay más que en España. Me refiero al interesante, al maravilloso, al divino ejercicio del acoso y derribo de reses bravas. Quien no lo ha presenciado no puede comprender el encanto de este juego. Hoy sólo lo practican los amigos de los ganaderos, que a este efecto organizan interesantes partidas; pero así que se vaya conociendo, se apasionarán de tal modo nuestros sportmen, que los cerrados serán puntos de cita de la gente bien.

Pues, repetimos con esa picaresca fruición del que goza una cosa que no tienen los demás: el acoso y derribo de reses bravas, es un sport que deja en mantillas a todos los restantes, que no se puede disfrutar más que en nuestra bendita tierra, y que asegura el consumo de buenos potros.

COTOS, VACADAS Y EL REPARTO DE TIERRAS

Así como las ganaderías serán imperecederas porque siempre habrá que criar reses, por lo

menos para comérselas, aunque los adelantos llegaran a desterrar la cuerna de la agricultura y de la carretería, los cotos de caza, creo sinceramente que desaparecerán. Matorrales, jaras y lantiscos, roedores, jabalíes, venados, ciervos y faisanes, no me parecen productos mayormente aprovechables; aún perjudiciales los creemos.

Nace la improcedencia de los cotos de caza, de la ley malthusiana de progresión geométrica del crecimiento de la humanidad. El sabio naturalista inglés, y pastor protestante, Malthus, formuló la ley de que los alimentos crecen de año en año en progresión aritmética, uno, dos, tres, cuatro, etc., mientras que el desenvolvimiento de los seres es capaz de una progresión geométrica: dos, cuatro, ocho, etc. Creciendo la humanidad, toda superficie es poca y deben roturarse los cotos de caza para aumentar la producción cereal.

Claro está que esta desaparición o transformación de las extensiones cinegéticas, no es inminente desde el momento en que la populación del mundo ha dado un respetable bajonazo en la última campaña, pero esto no hace sino dar una tregua al asunto.

El bolcheviquismo, equivocado con el eterno error de la demagogia, habla mucho y fía la salvación proletaria al reparto de las tierras. Este reparto pondrá los bienes en mayor núme-

ro de manos, pero la producción no aumentará, antes disminuirá. El cultivo de las tierras requiere muy grandes conocimientos, que suele poseer el terrateniente en grande escala, pero que los braceros ignoran en absoluto; de modo que es un lamentable error la creencia de que distribuyendo la tierra en muchas colonias, cada uno aumentará sus esfuerzos, los que, aunados, elevarán la riqueza; error grande. Si los hombres somos tan indolentes que solo trabajamos por imperativos, ¿cómo vamos a trabajar más viéndonos propietarios? Sólo unos cuantos, y esos cuantos, a la postre, se zamparán lindamente las parcelas repartidas, y volverá a surgir, antes de treinta años, el fabuloso terrateniente.

La Agricultura es ingeniería, el gran propietario es un ingeniero que dirige una obra; si se marcha el ingeniero... la torre de Babel.

Expuesta la situación del campesino como la de un jornalero que gana dos pesetas diarias, parece aterradora su pobreza. Pero si es que el campesino tiene su casa, sus fanegas, sus cochinos, sus heredades, en fin, que le hacen ser pequeño propietario, y esas dos pesetas que gana en las fincas de otro, son, no la base de su vida, sino un sobresueldo, un suplemento de ganancia. Entre lo que tiene, lo qué gana, lo que rebusca, y lo que encuentra, sale casi igual que si se repartieran las

tierras. No sé qué tienen la aranzada del pobre y las lindes del pobre, que produce aquélla más que la del rico, y se extienden éstas un metro cada año.

¿No vemos todos los días vender las fincas a precios tirados, porque sus dueños, ausentes, pierden con ellas el dinero? El reparto de las tierras puede, sencillamente, formularse así: Es la absorción de un propietario grande por muchos chicos. Y debe ser considerado el reparto de las tierras, y en general el de los bienes, de la siguiente manera: ¿Cuánta ganancia hubo al año?: 100 millones de pesetas, que divididas entre 20 millones de habitantes, tocan a cuatro duros al año. ¡Bonito negocio!... Se acabó la humana aspiración de ser rico... Esos veinte millones de dividendos no sacan de pobre a nadie, y, en cambio, distribuídos entre pocas personas crean focos de riqueza para realizar grandes fines sociales.

El reparto de las tierras a los campesinos y de las industrias a los obreros, es un latrocinio a los que no somos obreros ni campesinos. Quiere decirse que don Santiago Ramón y Cajal, Torres Quevedo y Jacinto Benavente, tendrán que arar o conducir cubos, para que el dichoso reparto les sorprenda siendo mozos de labranza o peones de albañil.

Queda sólo en pie, como razonamiento formal, aquel que se refiere a que se eleva la dig-

nidad del hombre haciendo a todos propietarios, y se les redime de la abyección esclavista.

Primero: Quien, como los autores, crea en la evolución, sabe que hay unos pocos hombres eminentes por factor orgánico, muchos del grado medio actual, y muchísimos más cerca del idiota que del homo sapiens. Tratar a todos por igual es beneficiar a los más en perjuicio de los mejores.

Segundo: Tratando a todos por igual se destrozan las jerarquías, se hace la indisciplina y se deshace la cohesión. Porque, sin perder nunca de vista la observación de la naturaleza, método natural que preside a nuestro trabajo, los organismos tienen su monarquía en la cabeza, su cuerpo organizador en su sistema nervioso, sus industriales en las vísceras, y sus siervos en las extremidades. Hay una linda tradición en la mitología india. Buda creó al hombre, extrayendo de su inmortal cabeza a los sacerdotes y a los sabios; a los guerreros de los brazos; del vientre a los industriales y fabricantes, y de las piernas a los parias. También la gravitación universal nos ofrece astros reyes que atraen a los planetas, y satélites que giran en torno de éstos. A los cometas errantes los comparamos con esos cuerpos monstruosos de aberraciones doctrinarias, que pululan por el orbe sin rumbo fijo. El bolcheviquismo es el cometa actual.

Tercero: Tampoco el reparto garantiza la in-

dependiente dignidad, porque a todos los deberes sociales se agregan los deberes del sindicato. Hay que aceptar la inspección técnica del ingeniero agrónomo director, y de sus delegados, obedecer las órdenes del director y sus delegados, aceptar los sistemas de explotación y trabajo que la comunidad establezca, sufrir multas por las infracciones al estatuto, trabajar las horas marcadas y con el esmero debido, y vigilar a los demás sindicados, siendo a la vez vigilado por todos ellos. Antes había un amo y sus capataces, ahora un director y sus delegados; antes era el amo el único enemigo, ahora hay que recatarse de todos los vecinos y como enemigos considerarlos... ¡Dichosa libertad y dignidad dichosa!...

De suerte que si el reparto se hace sin orden sindical, surge la Torre de Babel, y si se hace como se debe hacer, el Despotismo.

Aférranse, como ejemplo, a lo que se hace en Rusia y a lo que parece que empieza a practicarse en Alemania. De Rusia no hablemos, porque allí no queda nada que merezca ser repartido, y porque, aunque lo hubiera, la vida vale más, siempre en peligro en el antiguo imperio moscovita.

Lo que ocurre en Alemania es un sublime acto de abnegación. Repartidos los valores entre todos los ciudadanos, cada uno, al verse propietario o accionista, se aferra más al amor

hacia su patria, y cuando, por negarse a aceptar las condiciones de paz, se vea Alemania invadida por los ejércitos contrarios, cada habitante será un león en su guerra de Independencia.

Por esto se acepta la teoría del reparto en Alemania; como una funesta consecuencia de la derrota, y como un arma de la desesperación para combatir un mal terrible.

¿España ha sido derrotada? ¿Estamos sumidos en la desesperación? ¿Nos amenaza el terrible mal de una vengadora intrusión extranjera?... Harto desdichados son los que tienen que recurrir a tan radicales remedios.

El grito de las izquierdas, es como si un vivo, yaciente junto a un muerto, creyera más feliz a su difunto compañero, al ver que millares de gusanos se reparten el cadáver.

Los repartos no son recetas para la salud de la República, sino la creación de nuevos focos de riqueza, el hacer surgir lo que no existe en forma aprovechable. Lo que está en el mundo, esté colocado como quiera, en el mundo está. Los políticos han abusado tanto de la teoría de la honradez administrativa, que la gente se ha creído de buena fe que la dicha constitucional es un problema de colocación. Maldita la falta que le hacen a España funcionarios honrados; lo que necesita son vías de comunicación, caminos, canales, minería, etc... Si un pueblo gana

mucho, progresa con o sin concejales honrados.

De aquí el que opinemos que los cotos de caza pueden desaparecer, a no ser que sus condiciones de intrincada y estéril montería los haga inútiles para el cultivo. De aquí el que aboguemos porque se entreguen las tierras improductivas, aunque esto también tiene mucho de ilusorio. En Huelva hay miles de hectáreas de marisma desecada que se regalan a quien las quiera; y nadie las quiere porque cuesta más el collar que el galgo. De suerte que a quien le toque un estero en las proximidades del Odiel, se luce.

No hay razón que aconseje la transformación en plantíos de los terrenos que ocupan las toradas de reses para lidia. Si no se conociera la lidia, habría, de todos modos, viveros de astados dedicados al sacrificio en el Matadero. Esta es una razón aplastante. En ningún país del mundo se juegan los toros en circos taurinos, y sin embargo, hay toros en todas partes; en América hay rebaños enormes, en Suiza, en todas partes hay, por lo menos, tantos toros como en España. La única diferencia consiste en la selección, en que en vez de dejar la cría a salga lo que saliere, se vigilan los cruzamientos y se acentúan aquellas variaciones útiles para la lidia; pero insistimos en estos puntos capitales: que el toro de lidia no ocupa más terreno que

el que ocuparía si se dedicara al Matadero; que no por ser de lidia es toro que se pierde, sino que se come más barato y mejor; que un toro de lidia no tiene más diferencia de los otros que la de ser bravo, y tanto da criar bravos que mansos; que lo mismo se aprovecha de ellos el consumo público, sin más diferencia que la de ser lidiado y muerto a estoque, en vez de amarrado y muerto a puntilla, y que, finalmente, por la razón que se dice al tratar de la precocidad, viene a costar lo mismo la nutrición de un manso que la del bravo.

DE LA CORTE A LOS CORTIJOS

La caza puede decirse que está abolida en la portentosa Bélgica. Aquella nación progresiva en razón inversa de sus limitadas extensiones, cultiva su suelo en todas partes, lo mismo el valle feraz que la abrupta roca. Cuando, en España, la progresión natural de la Agricultura robe hectáreas a las selvas venatorias, la afición deportiva se adentrará en las ganaderías, entrenándose tanto en el acoso y derribo como en el toreo de capa, propiamente dicho, y de simulación de suertes.

Y también con esto habrán contribuído los toros al mejoramiento de la raza, llevando a

los hombres a la higiénica expansión campestre. Se dará el éxodo festival de la Corte a los cortijos, lo mismo si impera la Monarquía que si ha triunfado la República, porque no hay régimen capaz de anular la inclinación humana de divertirse.

Auguramos que la lidia de reses bravas cesará de ser ejercida por profesionales, y que antes de que haya transcurrido una centuria, la arena será pisada como un campo deportivo por los jóvenes de la buena sociedad.

Hablando en otro capítulo de la transformación de los antiguos lidiadores de pelo en pecho en los modernos muchachos apenas entrados en la pubertad, demostrábamos con ello que la fiesta que nos ocupa no camina por senda de aproximación a la barbarie, sino que, muy por el contrario, se dirige a lograr los fines idealistas y plásticos del arte quintaesenciado; que se dignifica y ennoblece más cada vez, alejándose de la brusquedad inicial, para aristocratizarse con el guante blanco. De igual modo, el salvaje toro primitivo se ha trocado en el grácil ejemplar moderno. También los procedimientos de lidia se humanizan considerablemente; se ha creado el burladero, que evita el cansancio de estar saltando a cada paso la barrera; ha desaparecido, puede decirse, la banderilla corta; la media luna y los mastines para retirar al toro a los corrales, han sido sustituí-

dos por los cabestros; la arriesgada suerte de matar recibiendo se sustituyó por el volapié; después se permitió entrar desde largo, echando el pie atrás para engendrar el viaje, y se ha calificado de sobresaliente la media estocada lagartijera. El salto de la garrocha, las banderillas en silla, el quiebro, el atarse los pies, el liarse a brazo partido con el toro, todo lo que resulta trágico, ha sido desterrado, o sólo se practica por noveles ávidos de notoriedad, y que no por ello satisfacen a la afición.

Antes se conocía la faena inteligente, el capoteo eficaz, pero sin lucimiento; antes se exigía que el matador parara los pies al enemigo apenas salido de los toriles, mientras que al presente se califica de ignorante al espada que no espera, para entrar por verónicas, a que el animal se haya fijado después de haber sido corrido a una mano y a punta de capote; antes se juzgaba a un matador por la suerte suprema, hoy se prefiere al torero y al muletero elegante y vistoso. El toreo moderno, sobrio, finísimo, pegado, alegre, no se practicaba antes, y la torería contemporánea no eriza los cabellos, ni conmociona los nervios, ni mete horror en el alma, pero distrae, alegra, cautiva y nos hace saborear las delicias del arte.

También han ido llegando al toreo personas de cierta categoría social, y partiendo de Mazzantini y acabando por Sánchez Mejías, hemos

visto figurar en los anales taurinos, a personas procedentes del campo del estudio. De igual modo, ha evolucionado notablemente el toreo en distinción y trato de gentes, y hasta en la vestimenta se advierte la metamorfosis. Se oculta hoy con cuidado la coleta, o se carece francamente de ella. Por cualquier aspecto que se mire la cuestión, vemos su desplazamiento hacia los moldes de la urbanidad. Lejos de embrutecer la torería, vemos que los toreros se afinan notablemente en el ejercicio de la profesión, dejando en ella, como suele decirse, el pelo de la dehesa.

Al propio tiempo, los arístócratas concurren en creciente proporción, por vía de entretenimiento, al cultivo de los riesgos taurinos, y de esta conjunción producida por los unos que suben y los otros que bajan, se presume la resultante de que, en breve, la lidia de reses bravas será ejercida por gente de rango, como empieza ya a notarse en esa frecuencia con que se celebran becerradas aristocráticas, en las que suelen ser lidiados, no becerros, como el nombre indica, sino novillos utreros de muy buena casta y de mucha leña en la cabeza.

Solamente entre los jóvenes linajudos de Sevilla y de Madrid, recordamos los nombres de varios aficionados notables, que si se hubieran anunciado en los carteles, habrían quitado muchos moños a los profesionales. Tales son: don

Manuel Biencinto, D. Julián Cañedo, D. Antonio Cañero, D. Carlos Pickman, D. Alfredo Álvarez Daguerre, D. Amador Barrionuevo, D. José Tejero, D. Carlos Vázquez Lastra y D Luis y don José Pérez de Guzmán.

Es natural que así sea; es natural que la aristocracia guste de las prácticas taurinas. El toreo requiere gallardía suma y suma distinción, y la posesión de estas cualidades tiene que darse muy pocas veces en la pobre gente palurda o zafia, procedente de las clases humildes. El aristócrata por educación, por hábito, por herencia, es distinguido, elegante, sabe estar, tiene la difícil *pose* de la buena crianza.

Los señoritos, además, están mejor capacitados para el caso, que los pobres. Todo el mundo sabe la gran gimnasia preliminar en que tiene que entrenarse el torero para no caer rendido en el curso de una corrida Hay que arrastrar los kilos que pesa el traje, hay que manejar los kilos que pesa el estoque y la muleta, y si hace aire, hay que mojar ésta para que no oscile, aparte de la fortaleza que han de tener los músculos del fémur, y hay que ejercitar la fuerza de las coyunturas de los dedos para no dejar escapar la tela; hay que trabajar metido materialmente en un cepo, fajado en torcida con torturante presión, vendadas las articulaciones de los pies, atacadas las pantorrillas por bajo de la rótula, con la incomodidad del suspen-

sorio, y enfundadas las caderas en la increíble estrechez del calzón.

Esto suele ser el motivo de que fracasen por cansancio ciertos principiantes poco baqueteados, y este es un temor de que están exentos los sportmen. La vieja educación esculapia atrofiaba a los jóvenes, y la anemia y la miopía eran atributos de distinción. Hoy, por muy directo influjo de nuestro monarca Don Alfonso XIII, y por imitación de las prácticas inglesas, sabias en este punto, nuestros aristócratas hacen culto del atletismo, y aspira felizmente cada cual a ser un nuevo Hércules tebano. Para estos jóvenes de manos duras, de agilidad muscular, el toreo es cosa sencilla, menos fatigante que una partida de balompié o una regata de balandros.

El Papa, el gran Joselito, tiene todas las características de un sportman, y nunca estará mejor empleada la palabra campeón como atribuída a él en el sport del toreo. Cuántas veces, viéndolo nosotros trabajar, hemos llegado al completo olvido de que en el redondel había una fiera, representativa de un peligro cierto y cercano... Esa increíble potencialidad, llamada facultades, le cuesta no perder un día sin ejercitarse para adquirir soltura y tensión.

VACUNA

La ciencia médica otorga hoy extraordinaria importancia a la Bacteriología La bacteria es el ser vivo más inferior conocido en Biología, la cual está separada de los cuerpos inanimados por un hiato infranqueable, sin transición determinada, al menos por ahora. El microscopio muestra en ellas varias substancias mezcladas de cierta manera, *composición hetereogénea,* y la homogeneidad se hace más patente cuando el ser adquiere estructura celular, que parece ser un perfeccionamiento de la estructura bacteriana. Las bacterias forman en el cuerpo del hombre, y en el de todos los animales, colonias microbianas agrupadas, formando caprichosas figuras geométricas; hay microbios biógenos, o beneficiosos para la vida, y por lo tanto, para la salud, y microbios patógenos, de *patos,* enfermedad. Hay entre ellos una perpetua y enconada lucha, y de aquí se sigue que si el organismo está fuerte, posee muchos biógenos que destruyen a los perjudiciales.

Pero la ciencia ha descubierto el medio de enriquecer artificialmente la sangre, dotándola, por medio de inyecciones, de microbios patógenos cultivados en otro organismo, e inyecta-

dos por el suero sanguíneo que constituye el suero antivarioloso, antidiftérico, antirrábic o, etcétera.

Se toman fragmentos de las partes invadidas por el maldito microbio, se le coloca en agua, tibia constantemente en una estufa, de igual manera que las incubadoras de avicultu ra, y se obtiene así un caldo infernal. Este caldo se inocula en pequeña cantidad a un animal saludable, este resiste la invasión, y sus defensas microbianas lo neutralizan; se le pone otra inyección mayor, que también resiste y vence; otra después, otra más tarde, cada vez en cantidad mayor, hasta que el animal queda completamente inmunizado. Ahora bien, si se extrae su sangre y se pone, por transfusión, en otro organismo, este se hará también inmune a la enfermedad de que se trate. Pero no es la sangre lo que se usa, sino el suero, que, lo mismo que ocurre en la leche, no es sino la esencia de la sangre, limpia de las grasas y de los tejidos que contiene, de los que forma el cu ajarón, vamos al decîr.

Para esta forma maravillosa de curación, que de infalible puede calificarse, hacen falta dos grandes factores, y para ello trabajan infatigablemente los hombres de ciencia: la determinación del bacilo, y el hallazgo de un animal capaz de resistirlo para hacerse inmune. Son pocas, por desgracia, las conquistas hechas

en este sentido, pero nadie ignora que para la difteria, la rabia y la viruela está resuelta la incógnita, siendo el caballo, el conejo y la ternera, los animales respectivamente elegidos.

No es difícil suponer que la cualidad primaria precisa en estos animales es la de poseer una gran fortaleza, una inmejorable salud, y siendo el toro de lidia un animal que posee sobradamente esa condición, es indiscutible que los terneros de casta han de ser ideales para la inmunización de la viruela.

Claro está que teniendo este libro una finalidad consistente en la defensa de las corridas de toros, no íbamos a pasar por alto este importante detalle científico que viene a redundar en provecho de nuestra tesis. Es natural que en el Instituto Pasteur, de París, no pensaron en un principio en la utilización de terneros hijos de reses bravas, pero es cierto que ya se ha tratado, en las esferas de la Ciencia, de la utilización de la ternera española, y no sería difícil que pasando el tiempo fueran nuestros ganaderos los proveedores de los Institutos sucroterápicos de Europa, o que la linfa antivariolosa obtenida en nuestro país, con el empleo de los animales dichos, compitiera ventajosamente con la más acreditada en otras naciones.

PRADOS DE HERBAJE

La ganadería se desarrolla en los prados de herbaje, y también ha sido muy discutida la conveniencia de éstos. Había quedado ya resuelto, como dogma incontrovertible, que la pradera era indicadora de lamentable atraso. Los llanos de Asturias y Galicia, con su heno aromático, venían a resultar como campos incultos en las proximidades de un aduar marroquí.

Una gran región vinicultora de la República vecina ideó hace años una campaña con ribetes científicos, para demostrar que el uso y aun el abuso del alcohol es como disponer de un manantial de bálsamo de Fierabrás, o de un venero de ambrosía que produce la inmortalidad del bebedor. De igual modo que si los cubanos salieran con la tesis de que el tabaco es un magnífico antiséptico, un acabado aroma para sédante del sistema nervioso, un gran curativo de las enfermedades mentales, como lo demuestra la singular complacencia y mejoría que experimentan los locos cuando fuman, o bien que los escoceses hicieran del bacalao una divinidad de primera magnitud.

Nuestro asombro no tuvo límites cuando leímos hace poco tiempo, en el «Journal d'Agriculture Pratique», un artículo firmado por Mr. Du-

rand, donde se describe la reacción que se está operando, beneficiosa para el prado de herbaje, que, sin costo de cultivo, produce más que la tierra de labor. Una tierra que no exige fabulosas ganancias de los segadores, ni de otra suerpe de operarios agrícolas, y que además de producir algunos árboles se nos transforma en leche, en queso, en carnes, en pieles y lanas, con el costo terrible que estos productos tienen ahora, una tierra así es más codiciada que las de promisión bíblica entre el Tigris y el Eufrates.

Roturar un prado, dice el autor citado, y con él toda la tendencia o escuela de que se hace intérprete, es una profanación, un sacrilegio, porque para la producción del pasto es menester que la tierra en calma haya formado, en un larguísimo transcurso de tiempo, ese gazón, césped, musgo, o capa impermeable que mantiene siempre a la superficie en estado de húmeda frescura, necesaria para el crecimiento de la hierba.

Una finca que posea praderas, tendrá sus tierras laborables estercoladas al máximo, labradas en su mayor profundidad, y capaces de cosechas máximas con gasto mínimo.

Los progresos del arado—dice una autoridad —no han restado a la pradería su secular valor.

Los prados pueden dividirse en: de gramíneas, de leguminosas, de plantas variadas, per-

manentes o naturales, y temporales o artificiales.

Ciertas gramíneas muy vivaces tienen gran aptitud para asimilar los abonos más activos, el guano, las materias animales, los líquidos, los estiércoles, etc., y, gracias a esta rápida asimilación, las gramíneas, constantemente excitadas desde la primavera hasta el invierno, dan pasto abundante.

Entre las praderas leguminosas figura, como planta vivaz de larga duración, la alfalfa. La historia de la alfalfa, es la historia de la revolución agrícola de las regiones de secano; su desarrollo pleno se verifica al tercer año; y aunque dura mucho tiempo, debe ser separada al sexto año; es forraje de tierra rica, que precisa abundante estiércol y suelo calcáreo soluble; sus raíces, que se hunden varios metros, y hasta buscan las aguas subterráneas, tienen la propiedad de atravesar las rocas calcáreas de mediana cohesión.

Las praderas compuestas exclusivamente de gramíneas o de leguminosas, *monofitas*, son las llamadas artificiales; pueden dar cosechas opulentas, pero, después de cierto tiempo, sus productos pierden calidad. Son praderas permanentes, llamadas naturales, las de plantas variadas, o *polifitas*. En los prados del mediodía, este carácter de permanencia decide su supremacía en los medios de producción forrajera.

Las buenas praderas no se improvisan, pues necesitan un terreno limpio, nivelado y jugoso. Se precisan tres años para la sembradura de un prado natural o artificial, en la siguiente rotación:

Primer año.—Maiz, estiércol; o, mejor, barbecho.

Segundo año.—Cereal.

Tercer año.—Prado.

Una de las grandes dificultades del sistema de pastos es la organización, de modo que se prolongue lo más posible el alimento en pleno aire, frente al calor del estío y al frío y humedad del invierno. Por esto, deben instalarse a la vez pastos precoces en los terrenos secos, que, por su naturaleza y su posición meridional, brotan con la primavera, y pastos de pleno verano en los terrenos fríos, que, aunque lentos en su brote, aseguran verdor en la época calurosa, cuando el ganado no tiene otra cosa que comer. Y no olvidemos las plantaciones-abrigos; sin ellos no hay pasto completo, pues el ganado necesita su abrigo y majada.

El estiércol.—Aunque el ganado bravo tiene que vivir en plena libertad, y no es posible recoger el estiércol en las proporciones que permite la estabulación, es un elemento tan útil que debe buscarse la manera de aprovecharlo y secarlo, ya que seco tiene mayor riqueza fertilizante, como se demuestra en las siguientes líneas, que

presentan la composición obtenida por Mr. Boussingault:

	FRESCO	SECO
Agua	79'30	0'00
Carbono, hidrógeno, oxígeno. .	13'62	65'80
Azoe.	0'41	2'00
Cenizas minerales (fosfato, cal, sosa).	6'67	32'20

Los orines son más ricos aún en ázoe:

		Azoe de los excrementos por 100		
		AGUA	HÚMEDO	SECO
Caballo	Estiércol . .	75'3	0'55	2'21
	Orín	79'9	2'61	12'50
Vaca. . .	Estiércol . .	83'9	0'32	2'30
	Orín	88'3	0'44	3'80
Cordero	Estiércol . .	57'6	0'72	1'70
	Orín	86'5	1'31	9'70
Cerdo. . .	Estiércol . .	84'0	0'71	4'40
	Orín	97'9	0'23	11'00

El estiércol debe almacenarse resguardado del ardor del sol y de los vientos desecantes y defendido contra las aguas de lluvia que arras-

tren su jugo. Debe permanecer compacto en sitio fresco, para evitar la evaporación del ázoe y del carbonato de amoníaco y de potasa. Puede fosfatarse el estiércol para producir carbonato de cal y fosfato de amoníaco, mezclando 3 kilos de fosfato por metro cúbico de estiércol.

El sistematizador del valor fertilizante del estiércol, fué Roberto Bakewell. Este sabio agricultor nació en Dishley Grange, en el condado de Leicester. Procede su gran celebridad del mejoramiento de los corderos y de los bueyes, siendo la *economía* su idea dominante. Procuró, y obtuvo, refinar y reducir la osamenta de los animales, como medio de obtener mayor aptitud para el engordamiento. Creía que la limpieza metódica es a la economía lo que la suciedad es a la prodigalidad.

Su convicción acerca del valor fertilizante del estiércol de paja, era tan profunda, que estaba dispuesto a alimentar al ganado de sus vecinos con paja, con tal de aprovechar sus excrementos. La economía en el uso de la paja era tan importante para Bakewell; que los establos estaban en su granja construídos en forma, que los animales no gozaban sino del espacio estrictamente necesario y las deyecciones caían forzosamente en un doble fondo, detrás; de este modo, no sólo se economizaba la paja, sino que el pavimento permanecía limpio de inmundicia.

Para obligar al ganado a comer la paja, sin

despilfarro, se le daba solamente una pequeña cantidad a cada comida, y así, comiendo el animal con vivo apetito, no dejaba nada, y no hartándose en cada comida, quedaba siempre preparado para devorar hasta el último residuo de la paja siguiente. Era costumbre en el país, que todo el ganado bovino de trabajo sólo comiera paja desde Noviembre hasta fin de Marzo. El ganado joven, que debe ser mantenido en un estado de constante desenvolvimiento y prosperidades, y las bestias para el cebado eran alimentados con paja y nabos, y cuando estos se agotaban, lo que acontece al final de la primavera, eran reemplazados por el heno. Pues bien; Bakewell no compraba heno ni paja, teniendo, no obstante, su ganado, buena apariencia, y eso que en sus rebaños había más de 600 cabezas entre bovinos, caballos y grandes corderos.

PERÍODOS AGRÍCOLAS

Si en Inglaterra, el gran país de la Agricultura científica, dijera alguien que es preciso plantar cereales en los prados ganaderos, atraería sobre sí la mayor indignación. La ganadería es el objeto de la Agricultura.

Es axiomático que para el progreso agrícola no hay camino más cierto ni seguro que el cultivo en temporizadora progresión, que Lecouteux ha dividido en cuatro períodos: período forestal, período pastoril, período de barbechos y perío-

do de forrajes de alto rendimiento, o, lo que es igual, período ganadero.

PERÍODO FORESTAL.--Está caracterizado por nula aptitud forrajera, miseria general para la labranza y el pastoreo, ocho o diez hectólitros de trigo, o centeno, por hectárea, peligro de inmovilizar capitales, imposibilidad de encontrar labradores ricos capaces de acometer empresas de alto bordo, y necesidad de repoblación arborícola para obtener un producto neto y para facilitar el mejoramiento de las tierras arenosas y áridas. Encinas, castaños, eucaliptus, pinos silvestres, marítimos y de Escocia, se plantan muy económicamente y, además de su producción en madera y resinas, dan trabajo al obrero durante la estación invernal.

PERÍODO PASTORIL.—Tierras ligeras, agotadas, movibles, reciben consistencia por la raigambre de la yerba y toman cuerpo; reciben su abono de los estercoleros, sobre todo si el ganado tiene sus apriscos, y en tales tierras se obtienen las leguminosas si son calcáreas, y las gramíneas si son silíceas; reduce este cultivo las superficies de labor y los gastos de recolección y almacenaje, puesto que el ganado lo consume sobre el terreno. Es el procedimiento ideal que puede emplearse en los campos de tierra blancuzca, agotada, sin más elementos que arenisca lavada por las lluvias y privada de toda materia orgánica.

Período de barbechos.—A falta de pastos, de riegos, con tierras secas más aptas para cereales que para forrajes, hay que recurrir al barbecho, mejorando el descanso por el estercolado procedente del cultivo forrajero al que se consagran las mejores tierras. Hasta en los países, dice Lecouteux, cuyas tierras alcanzan alto valor, será muchas veces principio de una buena economía rural, el aprovechar los años en que los productos agrícolas caen a bajo precio, para barbechar las tierras sucias y en mal estado.

Período de forrajes de alto rendimiento.—Este período, esencialmente ganadero, pertenece ya al cultivo de altos vuelos; acusa gran plenitud y avance, y este es, cabalmente, el período de cría de reses. La tierra se encarece demasiado para que pueda usarse ninguno de los procedimientos anteriores. El ganado, primera fuente de riqueza, se alimenta bien, y las razas mejoran en proporción a la potencia productiva del suelo. Período que demanda gran capacidad directora y grandes gastos en ganado, construcciones, instrumental, labores, riegos... Este es el grado enviable de nuestras ganaderías de reses bravas, el que algunos quieren sustituir con la plantación de árboles retrocediendo al más rudimentario de los períodos agrícolas. Es como si los moralistas pidieran pinares en las viñas de la Champaña y de Jerez.

Roturación de cultivos.—No conocemos tra-

tado fundamental de Agricultura que aconseje la desaparición de las parcelas dedicadas a pastos. La gran generalidad de las tierras ocupadas por toros de lidia pertenecen al género de landas poco fecundas, y en ellas se establece el campo de pasturaje en rotación de cultivos.

El cultivo más general de Cerçay, región de las landas francesas, introduce el pasto de hoz en el 7.°, 8.° y 9.° año.

Primer año.—Roturación de arado durante el invierno; en el otoño se prepara la tierra dando a cada hectárea 300 kilos de guano, o bien 500 litros de negro azoado, o 500 kilos de fosfato fósil; se siembra avena, centeno o trigo.

Segundo año.—Cosecha de cereales.

Tercer año.—Barbecho en una parte y verde en otra, y siembra de cereales en otoño.

Cuarto año.—Cosecha de cereales.

Quinto año.—Igual que en el tercer año.

Sexto año.—Nueva cosecha de cereales.

Séptimo,octavo y noveno año.--Pasto segable.

Décimo año.---Vuelta al primer año.

Otro procedimiento usado en Bretaña, y descrito por M. Rieffel, hace la siguiente distribución, en la que entra también la pradera de herbaje:

Primer año.---Roturación.

Segundo año.---Sarrasin y colza con negro animal.

Tercer año.---Colza.

Cuarto año.---Pan. Negro animal en las tierras fuertes, y estiércol en las ligeras.

Quinto año.---Avena muy estercolada.

Sexto, séptimo y octavo año.---Pradera estercolada.

En las tierras bretonas, soloñesas y en la región de Berry, se sigue un justo equilibrio entre la madera, el aprisco, el arado y la pradera.

Otro sistema, recomendado también, es el siguiente:

Primer año.---Roturado y siembra de sarrasín.

Segundo año.---Sarrasín o avena de primavera, musgo y heno.

Tercer año.---Ray-grass segable, en las mejores parcelas.

Cuarto año.---Pasto.

Quinto año.---Centeno o avena a base del fosfato.

Sexto año.---Barbecho y siembra de prado en Otoño.

Véase, pues, cómo se alterna en todos estos cultivos el pasto, primera aspiración de la ganadería; y quede sentado que la suprema aspiración de los países más civilizados es poseer muchas y buenas ganaderías, cuando en España hay gentes que fundan nuestra redención en no tener ninguna.

APLICACIONES

Con las porciones finas del intestino del toro, se hacen unas membranitas para la industria de batir el oro.

Con el sebo se fabrican velas, jabones, ungüentos, barnices, pinturas, manteca imitada, y se utiliza también para el alumbrado, adobado de cueros y engrase de máquinas y vehículos.

De los huesos se extrae la gelatina y el negro animal, y, pulverizados, dan un abono fuerte. Empléanlo los torneadores, así como las pezuñas y los cuernos.

Los cuernos se emplean para fabricar peines, cajas, calzadores y un sin fin de objetos más.

La sangre se bebe y sirve de abono, y su parte serosa sirve para clarificar vinos y jarabes, preparar albúmina, refinar azúcar y fabricar el azul prusia y la lejía.

Con la piel se surte el guarnicionero, y con los restos se hace cola fuerte.

También se emplean los pelos para fabricar tejidos bastos.

La hiel es un quitamanchas, y la orina y el estiércol son buen abono.

¡El toro de lidia es completamente inútil!...



CAPÍTULO V

VALOR CIENTÍFICO DE LAS GANADERÍAS DE RESES BRAVAS

El tópico.—La selección.—Lucha por la existencia.---Tipo de selección.---La discusión de las tierras.---Precocidad.---Reproducción. Consanguinidad.---Correlaciones.--- Establos y abrevaderos.---El sol, clave taurina.---Conclusión.

EL TÓPICO

Ya sabemos lo que quiere decir la palabra tópico: idea hecha, frase de relumbrón, juicio ajeno que se aplica, como el ungüento amarillo, en todas las discusiones. El tópico tiene un carácter esencialmente agresivo, e indica falta de fondo en el pensamiento.

Las cosechas—por ejemplo—son malas... y se dice que la culpa es del Gobierno; esto es un

tópico. Se comete un robo... y se dice que la culpa es de la policía... Como si el Gobierno y la policía tuvieran la culpa de que existan granizos en el cielo y ganzúas en la tierra.

Otro tópico muy en boga, consiste en atribuir a las ganaderías bravas gran parte de la culpa del retraso agrícola. Hay quien cree que lo consumido por un toro de sangre, daría de comer dos lustros a todo un regimiento, y es, por desgracia, muy extensa la opinión de quienes aseguran que el terreno ocupado por las reses daría excelentes cereales, aceites transparentes y áureas botellas de licor. Se da el caso de que tal afirman personas que por su rango profesional parecen obligadas a opinar con fundamento; y como no hay derecho a suponer en ellas desnudez cultural, hay que atribuirles, puesto que faltan a la verdad, intenciones aviesas. Y si cambiamos los términos del dilema, tanto peor.

Es natural: dichas estas cosas por hombres que usan bisoñé y se rizan el bigote, se las traga el vecindario como peladillas de Alcoy. Claro está que a tales personas no van dedicadas estas líneas, porque no hay peor sordo que quien no quiere oir; escribimos para el público desapasionado, para todas las clases de compatriotas que no conocen la ganadería, y que, contaminados por estas propagandas, piensan de muy buena fe lo siguiente:

«A mí me gustan mucho las corridas de toros;

creo que aunque no tengan una finalidad práctica, participan de la condición del arte; se puede vivir muy bien sin las esculturas de Montañés, sin los versos de Tasso, sin los cuadros de Velázquez, sin las melodías de Beethoven, sin las comedias de Lope, sin la suntuaria de Herrera, sin cantos ni danzas regionales, sin corridas de toros..., pero entonces la vida perdería su mayor atractivo, quedaríamos reducidos a comer y a excretar, y aun cuando esto fuera acordado, me aviniera yo a que muriese la lidia si con ella se desplomara todo el bagaje artístico del mundo... ¡Ah!, mientras el hombre se extasíe ante la belleza de una mujer, primór de forma, primor de colorido, primor de poética; mientras la mujer estime la arrogancia varonil, primor de fuerza, primor de estatua; mientras las hembras de la naturaleza aprecien la coloración del gallo, los trinos del ruiseñor, la fova melena del rey selvático, la espléndida cola del pájaro real, mientras esto ocurra habrá sentimiento de arte en el acervo humano... Pero—sigue filosofando mi compatriota,—eso de que las ganaderías roben ocupación a los brazos campesinos, y resten parcelas al arado, contribuyendo a la ruína nacional, me deja tan perplejo que no se qué pensar».

Pronto sabrás, amigo mío, a qué carta quedarte, si tienes la bondad de seguirnos en las páginas sucesivas. El lector opinará, como nos-

otros opinamos, que el punto aludido es un tópico de padre y muy señor mío; no es este trabajo un turno en pro, terciado en controversia que admite contra; no es una ponderación de argumentos favorables o contrarios; no es una rebusca de datos propicios... es la verdad, que no tiene más que una cara. No se opone aquí un sofisma contra un tópico, lo sofístico no tiene tal caudal de defensas como nosotros podemos aportar a nuestro trabajo.

¿Podemos extrañarnos de que la oposición a las corridas de toros carezca de sinceridad, cuando tan furiosamente se ataca al capital, a la herencia, a la jerarquía, al orden, a la unidad patria, a la milicia, y cuando esta manía llega a ridiculizar las virtudes nacionales y a combatir esa neutralidad *ante bellum* que ha sido la piedra angular de nuestra regeneración?...

Hundiéramos nuestra mirada en el cerebro de cualquier propagandista de ese linaje, y hallaríamos que no cree lo que dice..., y si censura a la fiesta de los toros, es por celos del lidiador enriquecido y del ganadero millonario; y si combate al capital es por concupiscencia; y si ataca al régimen es por designio de suplantación; y si vitupera a su nación, es... por ignorancia, señor, o por rabia de advertir que no progresa con rapidez... Hay que ser optimistas.

* * *

También se nos alcanza el asombro que en

muchos lectores habrá producido el titular de este capítulo, en donde se habla de Ciencia... Pero ¿en la ganadería cabe acción científica? ¿La crianza de toros bravos es cosa de sabios?... Los autores—pensarán—con su filosofía a cuestas y su ciencia en ristre, tienen un muy mucho de excéntricos, de pedantes o de majaderos.

Gracias, joven amable; pero no nos ofendes. El cruce, la selección, las variaciones, las mutaciones, la domesticidad; el estudio de las influencias que en el animal ejercen la herencia y el ambiente, la observación de los efectos de la consanguinidad, la acción del clima, del alimento, del hábito; la comprobación de las leyes que presiden al ser, ¿no constituyen capítulos de Zootecnia?... Y el ganadero de reses bravas, ¿no es un naturalista que varía y perfecciona un tipo de animal salvaje?...

Darwin, que estudió las palomas; Lamark, que observó los invertebrados, y Saint-Hilaire, Wallace, Lyel, Weismam, etc., ¿hicieron otra cosa que estudiar en grande escala lo que en pequeña proporción, y en un sólo tipo, practican nuestros criadores?... ¿Se comprende ahora por qué razón los ganaderos son nombres ilustres y no zafios terratenientes?

No queremos decir que todos posean los conocimientos necesarios, pero podemos afirmar que quien los desconozca no conseguirá formar una buena y estable ganadería.

El conocimiento del toro, las leyes de herencia, cruzamiento y selección, no son datos únicamente aplicables a este animal, sino a todos los restantes, porque esas leyes presiden, no sólo la vida del irracional, sino la del hombre mismo, que no es sino un sujeto superior en la Zoología. De modo que gracias a los cuidados y a las observaciones hechas en el toro, al tratar de conseguir el tipo perfecto de lámina y bravura, se han obtenido enseñanzas que son aplicables a las yeguas, a las cabras, a las ovejas, etc., y acaso no se hubieran mejorado estas razas sin el aprendizaje obtenido en el toro.

La cría del caballo y la del toro bravo, vienen a ser idénticas, y si se concede tal importancia al refinamiento caballar, bueno es hacer igual concesión al refinamiento vacuno, puesto que este ganado tiene también aplicaciones industriales.

Vean ustedes cómo lo que acaso creyeran diversión grosera, bárbaro festejo, tiene sus modalidades de ciencia, y contribuye a engrosar el patrimonio de los conocimientos humanos.

LA SELECCIÓN

Los seres animados, sometidos a las inclemencias naturales, tienen que defenderse contra los rigores de todo género, y contra los innumerables peligros que sin cesar están acechándo-

los. El animal en clima muy frío, que no posea pelo o lana, está expuesto a perecer muy pronto. Solamente perduran aquellos que poseen condiciones para adaptarse a las particularidades del medio que los rodea, y de aquí se sigue, como ley biológica, que estos seres dotados de circunstancias favorables transmiten a sus descendientes sus peculiaridades ventajosas. La naturaleza, pues, selecciona a los individuos, eliminando a los incapaces para resistir las durezas externas. Esto se llama selección natural. Y la selección artificial existe cuando el hombre, imitando a las fuerzas físicas eliminadoras, no permite otra reproducción que la de aquellos ejemplares dotados de cierta condición favorable a los fines que el hombre persigue.

Supongan ustedes que un caprichoso se empeña en obtener gatos blancos en un país donde sólo los hay negros. Encuentra un día un ejemplar con una manchita blanca, lo cruza, nacen crías con iguales manchas, toma a los que tienen mayor proporción de blancura, y así, seleccionando y cruzando, es posible que llegue a producir su ideal. Hay en todos los seres, desde la planta al hombre, una tendencia a la variación, y no se sabe de ningún caso en que un organismo sometido al cultivo haya dejado de variar, por lo cual, las plantas cultivadas desde hace mucho, como por ejemplo el trigo, todavía siguen presentando nuevas variedades, y

los animales que desde muy atrás pasaron al estado doméstico, son aún susceptibles de mejoras y modificaciones rápidas. Sea cualquiera el período de la vida en que aparezca por primera vez una peculiaridad, ésta tiende a reaparecer en la cría al llegar a edad correspondiente, aunque adelantándose algunas veces; así las peculiaridades heredadas en los cuernos del ganado vacuno, pueden aparecer solamente en la cría cuando esta ya casi es adulta.

Los seres tienen una extraordinaria propensión a variar, y así los ganaderos hablan generalmente de la organización animal como de algo plástico y a capricho moldeable, como si poseyeran una varita mágica a cuyo contacto pueden ser llamadas a la vida cuantas formas y moldes se deseen; un tratadista dice, refiriéndose a los criadores: «Parece que han dibujado con yeso sobre una pared la forma que deseaban obtener, en sí misma perfecta, y que después le dieron vida.» Estas mejoras no son generalmente debidas al cruzamiento de diferentes castas, porque todos los mejores criadòres se oponen tenazmente a esta práctica, excepto cuando se trata de castas próximamente iguales.

No se crea, sin embargo, que es tan fácil para el ganadero advertir las variaciones sucesivas, generalmente inapreciables para el poco docto, y buena prueba de esta afirmación de la pericia

que requiere el ganadero, está en las siguientes palabras del célebre naturalista inglés Carlos Roberto Darwin:

«Entre mil hombres, apenas se encontrará uno que por su exactitud y buen ojo, digámoslo así, merezca el título de hábil criador; pues solo el que esté dotado de estas cualidades, y estudie durante muchos años el asunto, dedicando con indomable perseverancia su vida a semejante estudio, triunfará y podrá hacer grandes mejoras, así como la falta de una sola de esas cualidades, acarreará seguramente el más completo fracaso.» (Origen de las especies, ed. Sempere, tomo I, pág. 46).

¿Creías lector que la cría de reses bravas es cosa de juego?... Véase con cuanta ligereza y superficialidad razonan los impugnadores de la ganadería.

Presúmanse las cavilaciones, los desvelos, las experiencias que habrá costado arrancar á la naturaleza ese ejemplar encantador de toro bravísimo y ligero que pisa hoy la arena de los circos taurinos.

Y hasta la afición sincera, que clama por aquellos toscos torazos antiguos, bastotes y salvajes, ¿no demuestra la ignorancia en que yace?... ¿No es más selecto el tipo usado hoy, que aquellos animales de cornamenta defectuosa, de pelo ordinario, de colores sin armonía, de grandes pezuñas y corvejones groseros, sin ele-

gancia de formas ni proporcionalidad de partes?...

Hay que reconocer que se procede en el mundo con mucha ligereza, y que son pocos los que se documentan, haciéndose recipientes de ideas estables, antes que surtidores de falsos tópicos.

Contra ese estado de opinión creado por los impugnadores, hay que usar argumentos muy definidos, a tenor del siguiente:

Señores: Suponiendo que desaparecieran las corridas de toros, y, por consiguiente, el ganado bravo, ¿dejaría de existir el ganado vacuno? Digamos rotundamente que no, porque las cinco partes del mundo crían al bovino, y siempre serán necesarios, el trabajo del buey en el yugo, la leche de la vaca, y la manteca, la carne y el cuero de ambos; prueba de ello nos la da el gran desenvolvimiento de ciertas variedades europeas, extraordinariamente cuidadas, como la Durhan, la Limousine, la Storthou, la Jersey, la Holandesa, y muchísimas más que patentizan la gran atención que al hombre merece el rebaño de cuerno.

Establecida la permanencia universal del bovino, cabe preguntar: ¿es más costosa la crianza de un toro bravo que la de un manso? También digamos rotundamente que nó; motivos hay, que ya se expresarán en páginas sucesivas, para establecer un menor costo a favor del primero, pero no queremos agotar el razonamiento para no pecar por carta de más.

Dada esta igualdad de costo, ¿es tan útil el ganado bravo como el manso? Exactamente igual; no hay más diferencia sino que el manso muere en el Matadero y el otro en la plaza; y también aquí señalaríamos un coeficiente de ventaja a favor del bravo, porque correlativa a la bravura es la inteligencia en el toro, y a mayor inteligencia, mayor perfeccionamiento orgánico.

Entonces, diréis, ¿cómo diablos se consigue hacer bravo, en España, a un animal manso en todas las zonas del globo?... Por medio de ese arte ganadero, de vigilancia, eliminación y cruzamiento, que se llama

Selección artificial.—Daremos un ejemplo: plantad un rosal silvestre, de flor escuálida, junto a otro bellísimo de te o porcelana... Ambas plantas, la salvaje y la doméstica, ocuparán el mismo espacio, la misma calidad de tierra, recibirán el mismo sol, el mismo aire, el mismo riego, la misma meteorización... Solamente se produjo el precioso ejemplar por la obra selectora del floricultor, que fué quedándose con las mejores variedades, hasta convertir una rosa salvaje en una encantadora flor de lujo.

Todavía podrían argüir los recalcitrantes, que es doloroso perder la actividad humana en obra tan para ellos inútil como producir toros para la lidia. Aparte de que este argumento, algunas veces usado (porque nada como la torería fué

combatido hasta en los más nimios detalles), es afinar ridículamente la puntería, tampoco tiene valor. En el Extranjero, aficionadas las gentes a estas cuestiones de zootecnia, se entregan los agricultores a verdaderas diabluras selectivas. Es la distracción del labrador, lo que le amarra a su terruño, lo que halla de placentero en los campos. Y vean ustedes las numerosas castas de gallinas que han producido, sin ninguna utilidad, por mera distracción. Así ocurre que en Francia se anuncian múltiples concursos, casi desconocidos en España. Hay el gran concurso nacional de París, de exposición de animales domésticos; hay tres concursos regionales, uno para el NE. que se celebra en Nancy, o Reims, otro en el NO., que se verifica en Rouen o Rennes, y el tercero en el mediodía, alternándose anualmente su celebración, bien en Burdeos, en Tolosa o en Lyon. Después hay muchos concursos departamentales, o de provincia, y es tanta la afición a estas cosas, que entre el Estado, la provincia y el Municipio, repártense hasta veinticinco millones de francos en la concesión de premios.

En nuestro país somos muy poco aficionados a esta especialidad, de tal modo que el costoso perro de muestra es originario de España, y, sin embargo, no hay aquí ninguno que pueda compararse con el inglés.

No tenemos otros tipos selectivos, con que salvarnos del ridículo, que el toro de lidia, y las

gallinas castellana y del Prat. No hay apenas granjero, en Europa, que no pierda algunos momentos al día en cultivar sus aficiones, y si esto es perder el tiempo en cosas inútiles, felicitémonos de que en España, hablemos con ironía, sólo lo pierdan los ganaderos de reses bravas, preocupados en sus faenas.

Son tan complicados y minuciosos los procedimientos de selección, que si el ganadero ha de practicarlos bien, tiene condiciones de verdadero naturalista.

Las reses seleccionadas por Roberto Bakewell, eran frecuentemente sometidas a ensayos en vida para establecer el grado de mejora y crecimiento, y después de la muerte para examinar la calidad y la proporción de su carne. Trozos de músculo, conservados en salmuera, y esqueletos de los mejores ejemplares, formaban un pequeño museo para la comparación de las generaciones y de los descendientes con los antepasados. El grado de finura ósea, la talla, la forma del armazón, el espesor de las capas de músculo y de la grasa exterior, la cantidad de la grasa interior, y toda variación mala o buena se comprobaba minuciosamente para servir de guía al criador, que de este modo conocía a los animales vivos y muertos, por dentro y por fuera.

Bakewell sostenía, que por una selección aplicada con cuidado e inteligencia, se desenvuelven a voluntad las partes del cuerpo que se

deseen; que la forma debe coordinar el mayor valor posible con el menor volúmen, así como nuestros toros de lidia van perdiendo en tamaño, pero ganando en condiciones de poder, bravura y nobleza; que la forma que produce tal resultado está en relación con una vigorosa constitución y especial aptitud a engordar, así como el toro de lidia bien seleccionado no se presenta nunca escurrido de carnes; que la forma oval, gruesa en el centro, y yendo en disminución hacia los extremos, es el modelo mejor; y que cuanto más reducido es el hueso, mejores son la forma y la calidad, lo que también se observa en el ganado de lidia, de poco hueso y fino de cabo.

Bakewell seleccionó también cuidadosamente el ganado bovino, formando una raza que se llamó Longhorns de Dishley, cuya descripción la dá Lawrence del modo siguiente: «Cuerpo redondeado, cilíndrico, ancho de cadera, pero de poca prominencia ósea: cuello largo y fino; cuernos largos, afilados, dirigidos hacia delante; cabeza fina y pata delgada.»

Esta descripción tiene ya cierta analogía con el toro de lidia, selecionado en nuestro país.

LUCHA POR LA EXISTENCIA

Luchar para poder vivir es la consecuencia forzosa de la rapidez con que propenden a multiplicarse los seres.

No hay excepción en esta regla. Hasta el hombre, cuya reproducción es lentísima, si no conociera otras defunciones que las producidas por la vejez, no cabría en el mundo de aquí a mil años.

De cada especie nacen hijos o gérmenes, en extensas proporciones, y como sólo puede vivir un reducido tanto por ciento, estos seres privilegiados tienen que conquistar la supervivencia, compitiendo enconadamente con los de su misma especie, y con los de todas las que le rodean.

Cada vez que muere un individuo en edad temprana, o senecta, pero no en el término de senectud máxima, que puede llegar a un siglo, y aún exceder, podemos afirmar que ha sido vencido en la despiadada lucha por la existencia, y que en su vencimiento y muerte tenemos todos un cociente, siquiera levísimo, de responsabilidad.

La mortandad infantil débese en gran manera a la mezquina acción tutelar que desplegamos. Igual culpa comete la sociedad cuando tolera que tantos adultos se anulen por depauperación y falta de profilaxia higiénica, origen preciso de todas las enfermedades.

Y aunque reconozcamos que este fenómeno es fatal en el desenvolvimiento humano, no por eso absolveremos a la humanidad de la sombra homicida que a todos nos envuelve. Mucho

nos indignaremos ante el asesino que, brutalmente, escinde una vida, pero nadie advierte las infinitas participaciones que le corresponden en el sacrificio de los demás.

En la lucha por la existencia triunfa el más apto, el más inteligente; de modo que el menos capaz va gradualmente desapareciendo, y sólo perduran los más diestros, los más hábiles o los más fuertes: esta es la selección natural.

El toro de lidia, de condiciones superiores a las del ganado manso, de mayor inteligencia por obra y gracia de la artificiosa selección que realiza el ganadero, posee mejores aptitudes para buscarse la vida, y esto ha sido perfectamente observado, diciéndose que los toros bravos son más *ladinos* que los mansos.

Ocupan las ganaderías ciertos terrenos, que ya se describirán algo más adelante, completamente inútiles para la siembra, como los palmares que habitan en un sesenta por ciento de la extensión total; tierras que solamente tienen cascajo, que se endurecen mucho con la sequía estival, se abren en la primavera cuando aprieta el sol, y se estancan en invierno las aguas, por cuyo motivo se pudrirían en estos lugares las tiernas y delicadas raíces del cereal. No hay ni la esperanza, al menos en la actualidad, de que esos terrenos de palma, puedan ser desmontados y utilizados para la siembra. Repito que estas tierras, ocupadas principalmente por

las hembras, cubren las dos terceras partes del terreno ganadero. Y solemnemente, desafío a quienes proclaman que los toros quitan parcelas a los pobres, a que me demuestren que en los palmares puede implantarse cualquier otra cosa mejor que ganaderías vacunas.

Parece que la naturaleza ha creado los palmares para alimento del ganado vacuno, o bien que ha sido creado el ganado vacuno como exclusivo consumidor de los palmares. En efecto, sólo él ingiere ese durísimo vegetal.

Con referencia a la cruenta lucha por el vivir, que inspira este artículo, se da el caso extraordinario de que el ganado bravo come la palma mucho mejor que el manso. Palma en invierno, rastrojo en verano, y yerba seca... Estos son los obligados sustentos de la ganadería, los más contínuos; reservándose el grano para el pienso invernal, qne no excede de tres kilos diarios de habas, avena y garbanzo negro, y de ocho a doce kilos un mes antes de ser jugados.

Esa es la verdad. Demostrada la permanencia y dispersión universal del rebaño vacuno, puede afirmarse que por mayor astucia del toro de lidia, conquistada en la selección a que está sometido, se busca mejor la vida el animal de sangre; de suerte, que si echáramos toros mansos y bravos, confundidos, en tierras extremadamente estériles, los primeros perecerían de

hambre mucho antes que los otros, que, por su viveza, nerviosidad e inquietud, rebuscan en todas partes el alimento. Esto es semejanza de lo que acontece a la persona en su discurrir social: el hombre tímido, encogido, manso, tiene menos probabilidades de éxito que el avispado e industrioso, generalmente llamado buscavidas.

TIPO DE SELECCIÓN

Cada criador se forja su cánon selectivo, en conformidad a los deseos que lo animan, a su interés o a sus preferencias. De un solo tronco de caballos, o mejor dicho, de una primitiva pareja equina, se han creado las diversidades de silla, tiro y carreras. De igual modo han aparecido las diferentes castas de ovejas, propias las unas para pastos artificiales, como para los naturales las otras; y las infinitas castas de perros, y de gallináceas, etc. La clave de estas mutaciones consiste en la facultad que tiene el hombre de acumular fenómenos de selección.

Los bárbaros de la tierra del Fuego dan tal importancia a sus animales domésticos que, en tiempo de escasez, matan y devoran a sus mujeres, concediéndolas menos importancia que a sus ejemplares de irracionales selectos.

De los pasajes de Plinio se deduce que ya en remotas épocas cruzaban a sus perros con caninos salvajes, para mejorar la casta en bravura.

Los salvajes de Africa del Sur aparean sus tiros procurando que las reses sean del mismo color. Los esquimales hacen lo propio con sus troncos de perros, y, para conseguirlo, practican la selección.

Ya el *Génesis* expresa el cuidado con que los hebreos atendían al color de sus animales domésticos, y en Inglaterra una ley antigua ordenaba la destrucción de los caballos que no poseyesen cierta alzada.

En el ganado vacuno, nacional y extranjero, hay, asímismo, muchas variedades. En unas, como en la vaca holandesa, asombra el grande y hereditario desarrollo de la ubres; en calidad de leche la más apreciada es la Jersey; en carne se ofrece como modelo la variedad Durhan, inglesa, de escasísimos cuernos, de gran precocidad y ventajoso producto neto de carne, cuya selección hizo célebres a los naturalistas señores Colling; casi lo mismo, pero con alguna aplicación al trabajo, son la Limousine, francesa, y la Storthon, muy buena también.

Y dentro de la misma variedad de toro de lidia, hay tantas variaciones, que puede decirse que cada ganadería tiene su especial peculiaridad.

Asi, por ejemplo, todo el ganado saavedreño tiene el pelo normal de color negro zaíno, (Murube, Gamero Cívico y Santa Coloma), aunque también salen algunos colorados muy bravos.

Los lesaqueños, o Saltillos, abundan en negros mulatos, llorones o morcillos.

El ganado originario del conde de Guadalete (Veragua, Benjumea, Torres Cortina y Concha y Sierra), tiene diversidad de pelos, abundando los berrendos, jaboneros y melocotones.

Los gallardos y albaredas, hoy Miura, Pablo Romero y Moreno Santamaría, tienen pelo de todo género, pero con gran proporción de berrendos en castaño, en negro y en colorado.

Los navarros, que han dado mucha nerviosidad y sangre brava, (Ripamilán, hoy Lozano, en Teruel, Carriquiri, Lizaso y Alaiza), son generalmente poco grandes, veletos y de pelo sardo, y hay pelos tan poco comunes como el retinto, que aún se conserva y abunda en las ganaderías de Colmenar.

Mas por encima de estas clasificaciones, hay el arquetipo general de toro bravo, igualmente perseguido por todos los ganaderos.

El toro de lidia debe ser corpulento y de mucha presencia, bien proporcionado y fuerte.

De articulaciones bien proporcionadas y flexibles. Piel fina.

Pelo lustroso, espeso, igual, sentado, fino, suave y limpio.

Testuz ancha, o dolicocéfalo.

Cuernos bien colocados, fuertes, delgados, lisos, tersos, finos, puntiagudos, de regular tamaño y obscuros, negros o verdinegros.

Ojos grandes, de fina mirada, salientes, vivos, brillantes y encendidos.

Orejas pequeñas, vellosas y muy movibles.

Hocico pequeño, fino, elástico, húmedo y negro, o casi negro.

Ventanas de la nariz bien abiertas y dilatadas.

Cuello flexible, corto, redondo y grueso.

Morrillo grande, ancho y levantado.

Papada pequeña.

Pecho ancho y profundo.

Vientre deprimido, pero bien desarrollado.

Dorso marcado, pero lleno.

Lomos firmes y rectos.

Grupa ancha y musculosa.

Cola alta, delgada, fina, prolongada hasta pasar los corvejones, y espesa al final.

Ancas ligeramente elevadas.

Extremidades recias, robustas, nervudas, enjutas, fornidas, y lo más rectas y delgadas posible.

Corvejones bien pronunciados.

Cuartillas más bien largas.

Pezuñas pequeñas, bien redondeadas y hendidas, lisas, elásticas, lustrosas, y del color de los cuernos, o más obscuras y negras.

Aplomos buenos, y

Normalmente constituídos y bien desarrollados los órganos de la generación.

* * *

Veamos lo que con respecto a la gordura excesiva observó Webb. Uno de los inconvenientes de los concursos de ganados es el de estimular demasiado la tendencia de los ganaderos a engordar sobremanera a sus animales, para darles mejor apariencia. Tal sistema reporta frecuentemente consecuencias fatales para los animales jóvenes destinados a la reproducción, sobre todo para las hembras. Sin embargo, Jonas Webb tuvo que seguir el mismo procedimiento, so pena de ser derrotado en los certámenes, y también engordó exageradamente sus corderos. Fué vencedor, pero pagó caramente la victoria, porque de cada nueve ovejas jóvenes, preñadas, que él presentó, cuatro murieron después de haber parido corderillos muertos, y del producto de las supervivientes sólo pudo salvar dos o tres crías. En los concursos de Liverpool y de Bristol, los ejemplares de Webb obtuvieron los primeros premios, como le acontecía en casi todas las Exposiciones a que concurría, siendo su triunfo definitivo en Caterbury, donde conquistó todos los primeros, segundos y terceros premios, además de múltiples menciones honoríficas. Estos triunfos le fueron fatales, y la absurda manía de la gordura exagerada le obligó a tener que matar algunos de los mejores ejemplares, machos y hembras. En su consecuencia, Webb, aleccionado por la experiencia, determinó no concurrir más a las Exposiciones.

Como consecuencia general de sus experiencias, Bandement comprobó un hecho muy importante, esto es: que el consumo de alimentos es proporcionalmente más grande en los animales de peso débil, y que por consecuencia el desenvolvimiento es más rápido en las grandes razas que en las pequeñas.

En su dominio de Dampierre hizo una serie de ensayos sobre el empleo de la sal en la alimentación del ganado. En los bueyes sometidos a la experiencia produjo la sal aumento de consumo, pero se comprobó una rebaja en la producción de peso. La sal, por consiguiente, excita el apetito, sin excitar en la misma medida la facultad de asimilación.

Tanto cuidado se tiene en conservar la típica de cada ganadería, que aun cuando salga un toro con diferentes características, por bravo que sea, no toman su simiente. Por esto rechazarán en la vacada de Saltillo, cuyas familias son mulatas y cárdenas, el zaíno que aparezca por atavismo; y de igual modo Murube, Gamero Cívico y Santa Coloma, no padrearán jamás a un toro colorado, siendo lo típico el zaíno.

Esto en cuanto a las condiciones externas de presentación, puesto que la bravura se prueba en el acto de la tienta, que se verifica cuando los novillos tienen tres años, y que consiste en anotar el número de puyazos que recibe el bicho, los cuales se dan con una puya de dos tercios

de centímetro o de la longitud de *cuatro perras gordas* superpuestas.

Y aunque se oye decir con mucha frecuencia que la operación de la tienta es muy arbitraria y sujeta a errores, la verdad es que el procedimiento anuncia con mucha aproximación lo que el toro será; en general puede afirmarse que no faltan las apreciaciones de bueno y de malo, dando el animal el juego que de él se esperaba; en cambio hay duda en la nota de regular, y, en su día, podrá: o ser en efecto regular, o aproximarse a lo bueno y cumplir bien, o inclinarse a la mansedumbre y hasta ser fogueado.

LA DISCUSIÓN DE LAS TIERRAS

Ya en otro lugar nos pronunciamos muy sinceramente contra el error general de suponer que el reparto de las tierras labraría la felicidad del campesino. A este propósito, hay que citar un hecho elocuente, observado en París, en la sesión de la Cámara de Diputados del día 3 de Junio de 1919, durante la cuál sesión, el representante en Cortes M. Jean Durand hizo una observación de capital importancia que obtuvo el asentimiento de la mayoría.

"Queráis o no,—decía Mr. Durand—el despedazamiento del suelo da por resultado el que la parcela ínfima, excesivamente pequeña, es incapaz para mantener a una familia, y el aldeano

tiene que abandonar la campiña y huir hacia las ciudades."

En Francia se observa un gran movimiento reactivo contra la avalancha roja que pretende hacer el reparto de las tierras. ¿Cómo obrarán esas huestes anárquicas en Inglaterra donde solamente un propietario, el duque de Sutherland, posee 488.000 hectáreas, y aun creemos que hay lores que tienen más? ¿Qué pensarán de esa misma nación, cuando sepan que entre diez y nueve propietarios reúnen la centésima parte de la extensión total del Reino Unido?...

El reparto de las tierras está negado por la Historia y por la razón. En las épocas bárbaras no hay grandes terratenientes, que sólo aparecen con el fausto del progreso. Y el progreso se hace por acumulación, por integración y por división del trabajo.

El acumulamiento de energías es la gran reserva de los pueblos; por la integración se agrupan las substancias homogéneas, y así resulta que los Estados Unidos, comarcas las más ricas del Universo, son fecundas en la creación de trusts, de integraciones homogéneas, y lo mismo es trust una reunión comanditaria de millonarios, que una asociación gremial de obreros. El reparto de las tierras es deseo desacumulador, desintegrante y, por ende, atentatorio al progreso.

Yo comprendería el odio al millonario si este comiera piedras preciosas o pepitas de oro.....

Pero cuando probablemente hay obreros que gastan más en su persona que un rico, no hay lugar a la inquina. Y si es avaro, mejor todavía. He aquí un millonario, un hombre que amontona riquezas para los demás, puesto que él no se ha de llevar nada al otro mundo. Entonces este hombre, que vive sobriamente, no es sino un símbolo, una víctima de la sociedad, que tiene riquezas sin cuento y que desconoce las venturas que con dinero se adquieren.

A lo que tenemos derecho es a exigir que los capitales no permanezcan inmóviles, a que fomenten la industria y den sustento a miles de ciudadanos.

Luego viene la gran fórmula del progreso, de Müller Desterro, llamada la división del trabajo. Un obrero sastre no podrá hacer más que un traje al día, si él ha de cortar, hilvanar, pespuntear, planchar, etc.; pero diez obreros pueden muy bien hacerse veinte trajes diarios, con lo que la producción se ha duplicado.

El modesto colono tendrá que hacerse todas las operaciones, con enorme fatiga y con menores rendimientos.

El negocio de los toros difunde como ninguno el dinero, determina gran división del trabajo y ocupa a infinidad de hombres. ¿Hay negocio en que más gente intervenga?...

De modo que se contradicen muy burdamente quienes piden simultáneamente la desaparición

de las corridas de toros y el empleo del mayor número de brazos; porque si la fiesta acabase tocarían el cielo con las manos los ganaderos, conocedores, cabestreros, guardas, mayorales, toreros, empresarios, apoderados, asistencias... ¡el diluvio!... ¡Cualquiera diría que cae a un pozo el dinero que dejamos en la taquilla!...

Y sí, como decíamos hace poco, ya hemos combatido en anterior capítulo el error general del reparto de tierras, vamos a ocuparnos en el presente de ese otro error particular que consiste en creer que el terreno ocupado por los toros bravos resta parcelas a los pobres. ¡Qué enormidad!...

Partamos siempre de la base de que nadie ha pensado formalmente en que desaparezca el ganado vacuno, y de que el toro de lidia no tiene otra diferencia sino ser más guapo y valiente que los otros, sin que para conseguir su belleza y bravura haya tenido que comer más que los que mueren en el matadero.

Pero hay, además, varios datos notables en favor del toro de lidia:

1.° Que por su *precocidad* y finura adelanta a los mansos en peso a la canal.

2.° Que por ser más *ladino* se busca mejor la vida, como sucede al carnero merino y al cerdo rojo, que pastan y engordan donde ayunan y enflaquecen los carneros bastos y los cerdos negros;

3.° Que por esta misma condición de ser más *ladinos,* necesitan menos espacio de tierra que el ganado bueyuno, y

4.° Que *reproducen* antes, mejor y en mayor número.

Para desarrollar, aunque sea sucintamente, estos cuatro puntos, dedicaré el artículo siguiente.

Ahí dejo esas cuatro afirmaciones, y como no habrá fuerzas humanas capaces de contradecirlas, me permito llegar a la conclusión siguiente:

Aunque desaparecieran las corridas de toros, sería conveniente seguir practicando la selección, para mejorar la casta.

Pues bien; el terreno, la clase de terreno ocupado por la ganadería, o bien no sirve para otro empleo o tiene su mejor empleo en la ganadería; este punto es muy interesante.

Hay cuatro calidades de terreno, tres que sólo sirven para criar ganado, a saber: dehesas de encinar, palmares y terrenos de marisma, y un terreno que aunque vale para otras cosas tiene en el ganado su mejor aprovechamiento, el de vega y soto, que se emplea en ínfima proporción.

Las dehesas de encinar o chaparral, montuosas y en ladera, generalmente no tienen suelo por haber piedra caliza en buena proporción. Es la tierra ocupada por la mayoría de las toradas de Jaén, como las de Pellón, Arauz, Herrero Manjón, etc.

Los palmares, a que anteriormente ya nos hemos referido, que constituyen la mayor parte de las ganaderías andaluzas, unas más y otras menos, son inútiles para la siembra, y la mayor parte son inútiles también aun después de desmontados, y teniendo en cuenta que el desmonte costaría más que el valor que tendría la tierra después del gasto hecho, no menor, para pasarlas al trigo, de dos mil quinientos reales la cuerda. Son tan malos los palmares, que habiendo la gente observado que en ellos mueren de hambre los animales lanares y de cerda, llaman al morir "palmar"... Ese pobre ya palmó, se dice de uno que acaba de irse al otro barrio.

Con respecto a los terrenos de marisma, pienso que no necesito hacer esfuerzos para convencer al lector de la inutilidad de aquéllos; es lo peor que la naturaleza nos dá, lo que no es obstáculo para que allí se críen toros de tan afamadas ganaderías como Concha y Sierra, Darnaude, Pablo Romero, Conradi, etc. Son casi inútiles para criar grano, no tienen subsuelo ninguno y, en su mayoría, son arenales impregnados de salitre; se inundan con frecuencia, perdiéndose las cosechas y teniendo que ponerse a salvo los animales, muchas veces con serio peligro de perecer.

Como antecedente curioso, es digna de leerse la correspondencia habida entre el famoso Aguado, banquero español residente en París,

y un hermano suyo, cuando el gobierno español quiso hacer donación al primero, de nuestras grandes marismas. El banquero Aguado trajo ingenieros agrónomos franceses, los cuales, después de un minucioso análisis, declararon que era imposible hacer mejoras, porque las expresadas marismas no tienen aprovechamiento alguno.

No obstante, abundan los ilusos que creen que estas marismas ocupadas por los toros, serían susceptibles de reforma, y en vez de dar gracias a Dios porque hay toros en el mundo que pueden sacar el único jugo que esos predios pueden producir, dan en decir, con la admiración de los incautos, que en las marismas pueden plantarse en eucaliptus, árboles de resina, y milagro que no han dicho de remolacha, que es el plantío de más delicada cultivación.

Con un poquito de buen sentido, y esparciendo la mirada por las estériles sábanas de que tratamos, comprendemos que cuando la naturaleza no las ha salpicado de algún que otro arbusto, es porque su vida resulta allí imposible.

Sirva en este punto de norma, lo que ha dicho el gran agricultor Joigneau, en su célebre libro «De la Ferme»: el mejor procedimiento para buscar campos aprovechables, es sencillamente caminar... Y cuando demos con una campina en que la yerba abunde, allí debemos aposentarnos para mejorar las condiciones espontá-

neas, por medio del trabajo, del análisis, del abono, del cuidado... Eso es lo que puede hacer el hombre: mejorar lo que se produce naturalmente. Querer plantar arboledas en las marismas, es como sembrar rábanos en la marmórea mesa del café.

Y vamos con la última y mejor categoría de las tierras utilizadas por los ganaderos, los terrenos de vega y soto. Son magníficos terrenos, feracísimos, pero no dejan de tener su punto flaco, puesto que en este mundo no hay dicha completa. Su composición abundantemente azoada, presta inusitado vigor a la espiga; la ausencia de ácido fosfórico no permite, en cambio, el desarrollo de la semilla; las mieses se revuelcan, se acaman, y el grano resulta pequeño, estreñido, pobre; no se pueden segar con máquina, por eso de estar tumbadas las espigas, y por la misma razón cuesta de 10 a 12 duros la siega de una fanega. Por hallarse cerca de los ríos, las mieses allí cultivadas son muy propensas a la enfermedad llamada tisón. No obstante, es muy ínfima la proporción en que ocupan los toros estos terrenos de aluvión; solamente unas cuantas fanegas que no se siembran, dejándolas en prado natural, y aún así, en estas tierras que no se siembran, no hay solamente ganado bravo, sino que también hay reses para carne, yeguas, potros y cabras. Hay necesidad imperiosa de tener estas tierras buenas dedica-

das a pastos para apacentar el ganado vacuno y al caballar, al cabrío y a veces al de lana, mientras en su época se aprovecha la bellota por el ganado de cerda. Durante el verano, y al amparo de la humedad que presta el cercano caudal de agua, se cubren de fresca y lozana grama, salvándose a costa de estos prados muchas reses endebles, que morirían alimentándose exclusivamente de rastrojo y palma seca, y aún de pienso. Llega el otoño, y durante las primeras aguas, se cubren con esa densa capa de homus o mantillos que brotan en las tierras no labradas de larga fecha, siendo muchos los animales que se salvan por esas yerbas tempranas. Son tierras que tienen su exacta similitud con los sanatorios. El ganado joven no puede comer granos ni yerbajos duros durante la muda de los dientes, y es en esos prados naturales y en el tapiz de verde césped, donde se defienden del hambre, rumiando penosamente la fresca y tierna yerbecilla.

Y estas islas bajas, surcadas de canalizos, son tan propias para la ganadería en los fines descritos, que en todo el valle del Guadiana, en la región extremeña, se da el gráfico nombre de «novilleros» a estos terrenos marginales del río.

Buenos son, en verdad, estos terrenos, y los colonos los siembran y recogen en ellos la cosecha; pero debemos hacer la observación for-

mal y extensa de que el labrador bueno, rico, que compra un soto, no lo siembra jamás. Quien no tiene pan se conforma con torta, y tiene que hacer de tripas corazón; pero, repetimos, agricultor fuerte no planta en soto; por algo será.

En este punto debemos hacer una alusión a la furiosa campaña que se viene haciendo al prado natural. Se dice, que las tierras en praderío natural son indicio de incultura, y aunque tengan razón quienes tal dicen, pues yo no me atrevo a discutirlo, se me ocurre preguntar: ¿Por qué son naturales los prados de Suiza?... ¿Por qué son naturales en su inmensa mayoría los campos de herbaje franceses?... ¿Por qué hay actualmente un movimiento de defensa hacia el prado natural, precisamente cuando se intensifica en España el movimiento en contra?...

Porque está visto y probado que la yerba espontánea es mucho más tupida y fina que la que produce la roturación; porque el prado natural es la panacea del ganado.

Ahora bien; el prado es susceptible de mejora, y hacia esas mejoras deben enderezarse las campañas. El ganado come la buena yerba y deja la mala, ésta se reproduce, y por consecuencia, se verifica en el prado una selección negativa o inversa; hay que favorecer el desarrollo de los herbajes buenos.

Cierto que los ganaderos echan periódicamente en estos prados algunas cabezas de cabrío

a fin de que consuman la vegetación espinosa y hostil, pero esto no basta. El prado es ideal para los fines higiénicos de la ganadería, la ganadería es imprescindible, y debemos ver la manera de mejorar los prados, sin roturarlos ni desnaturalizarlos. Hay capas, pulverizaciones de abono que emplear, hay superfosfatos que enriquecen el valor nutritivo de la yerba, y hay la operación del escardado para desterrar la mala yerba.

De aquí, señores, que el último grito de la zootecnia francesa sea esta frase: «Roturar un prado es una profanación.»

Yo no tomaré partido ni por unos ni por otros; me basta señalar que aunque les asistiese la razón a los devotos de la roturación, no sería a bragas enjutas, sino que habría margen para mucho discutir.

Hay todavía quienes dan un golletazo a la polémica, declarándose vegetarianos; para éstos no hay duda, desaparece la ganadería y punto concluído... ¿Desaparece?... ¡Ni pensarlo!... Desaparecerá el ganado de carne, pero ¿y los caballos de tiro, carrera y silla, y los bueyes aradores, y los burros de carga, y la lana, pieles y huesos?... Me parece anómalo eso de criar cuadrúpedos para aprovechar osamentas, pelos, pellejos y grasas, y tirar al muladar esa carne que está tan buena asadita con *papas* nuevas...

Yo temo que se habla demasiado hipotética-

mente en esto que estamos tratando, y con demasiado énfasis teórico, que no siempre se ajusta a la realidad. Vean ustedes lo que ocurre con eso de los riegos... Si se supiera qué año habrá sequía... Pero como no se sabe... ¿Quién se mete en el coste tremendo del riego que exige además labrar la tierra para que circule el agua, cuando si llueve en Abril la cosecha es espléndida y barata?... ¡Preguntad a un labrador lo que cuesta regar el maiz!... Preferible es, señores, que se pierda un año la cosecha, a regar todos los años... Hablo de Andalucía ¿eh?...

Y estas elucubraciones hipotéticas, obedecen a que en España tenemos una indigestión de teorías, no controladas en la práctica de muchos años.

Las Escuelas francesas de agricultura, tienen, como es consiguiente, su director remunerado por la nación; pero ese director, que usufructua la tierra experimental, hace los ensayos por su cuenta y riesgo, y si se equivoca, su bolsillo lo paga. De modo, que este catedrático es colono a la vez, y como es natural, procura ser muy cauto y mirar estas cosas con sentido práctico, utilitario, no derrochando el dinero, puesto que es suyo, en experiencias descabelladas.

Con mucho gusto, si la prudencia no nos contuviese, citaríamos nombres de flamantes personas, prestigios de la Ingeniería agronó-

mica, que poseyendo fincas y capital propios, no intentan en sus predios esas reformas que predican en la cátedra, y que practican por cuenta del Estado.

Yo tengo un botón de muestra para deducir el resultado de estos planes, tan suntuosos como ilusos. Había una finca hermosísima cerca de Lora del Río; un caballero valenciano quiso ponerla de regadío al estilo de levante; gastó una enormidad, trajo huertanos de Valencia. Pues el resultado fué tan lisonjero que con esta finca tuvo que quedarse una conocida sociedad de crédito, la cual, en una de sus últimas memorias mensuales, expresa las grandes pérdidas que la sociedad tiene en esta finca, tan productiva cuando era de secano, tan retrasada... ¡Oh!... si la civilización agraria consiste en arruinarse, no hay duda de que tiene mucha razón.

También podríamos señalar la coincidencia de que casi todos los que han querido echar por poéticos caminos renovadores, ni han comprado grandes fincas con los productos de su ingenio, ni tampoco han aumentado su caudal; por el contrario, se dice, se rumorea que en muchos casos, han venido estrepitosamente a menos.

Víctima de las ilusiones quieren que muera la pradera natural... Y yo pregunto: ¿Por qué en la región más rica y próspera de la vecina re-

pública, y acaso de Europa, en la ubérrima Normandía, es de pradera natural el gran valle de Auge, próximo a Caen?... Allí se mejora la calidad por medio de la cal y del superfosfato, pero roturar, jamás.

Sí; es necesario el procedimiento práctico de Francia, donde hay cerca de cien Escuelas prácticas, y Granjas Escuelas, explotadas en la forma dicha, siendo las profundidades científicas de exclusiva competencia del Instituto Nacional Agronómico, y de las tres grandes Escuelas de Agricultura.

«En Agricultura, dice Albert Pell, hay muchos ejemplos de brillantes concepciones en el gabinete, y gran aturdimiento en la práctica. El charlatanismo, bajo la máscara de la Ciencia, caracolea ostentoso, pregonando sus conceptos en estilo heroico, mientras que la pobre práctica, caminando en la honesta vía del estudio y la experiencia, a duras penas obtiene el respeto que merece.»

Habiendo M. Arthur Young, visitado la Escuela de Veterinaria de Alfort, dice: «La granja está bajo la dirección de un gran naturalista, muy bien quisto en las Academias, y cuyo nombre es célebre en toda Europa. Suponer que exista allí una práctica segura denotaría en mí poco conocimiento de la naturaleza humana. Traicionaría yo mi ignoracia de la vida, si expresasen la menor sorpresa de haber encontrado esta

granja en un estado tal, que en vez de describirla, prefiero olvidarla.»

Ahora vamos a rebatir con cifras a quienes, procediendo con lamentable ligereza, hablan de las enormes extensiones de terreno ocupado por las ganaderías de reses bravas, como si media nación se dedicara a ese género de empleo; y conste que vamos a dar cifras muy corridas, porque así nadie, absolutamente nadie podrá rebatirnos con razón.

Hay 107 ganaderías, con un término medio de 500 a 600 cabezas cada una, pues si bien hay algunas que llegan hasta 1.200 ó 1.400 cabezas, son en cambio bastantes las que sólo poseen 300, 200 y aun menos, por esto creemos no estar equivocados al establecer un promedio de 500 a 600 reses. Resulta ocupada una extensión de 130.000 hectáreas, calculando a dos hectáreas por animal, y conste, digo, que nos corremos; restemos esa cifra de los 52.000.000 de hectáreas a que asciende la extensión superficial de la península, y a ver dónde está esa pretendida invasión de toros, que dicen.

Todavía el razonamiento quedará concluyente, si se recuerda que de estas tierras las dos terceras partes no tienen aprovechamiento, por ser marismas y palmares, y si no se olvida que la ínfima proporción de buen terreno ocupado, sirve también para las yeguas, potros, cabras, aprovechando en su época la bellota por el ga-

nado de cerda; agreguemos que como las tierras de aluvión dan yerba temprana, se puede vender el ganado de carne a principio de temporada, cuando la carne escasea, en buenas condiciones de precio.

Terminemos señalando que ese toro de lidia, que tan insignificante suelo ocupa, no se tira, ni se lo lleva el viento, ni se lo comen los gusanos; es carne nutritiva y sabrosa, que el pobre adquiere más barata al día siguiente de la corrida.

Y a los que les parece malo todo lo español, brindamos los datos siguientes:

La importación de lana en las Islas Británicas en 1788—dice Sir John Sinclair—, era cada día más tributaria del extranjero. En esta época, solamente España era capaz de abastecer las primeras materias necesarias para la confección de tejidos finos. Cien millones de francos importaba anualmente España.

Curiosa anécdota.—Luís XVI escribió al rey de España pidiéndole que dejara salir un rebaño de carneros merinos, pues estaba entonces prohibida su exportación. La demanda fué favorablemente acogida por Carlos III. El embajador francés recibió el encargo de adquirir en Castilla la Vieja un rebaño de 400 cabezas escogidas. Este rebaño partió en Mayo de 1786, conducido por pastores españoles, y llegó a Rambouillet, posesión real cerca de París, en Octubre

del mismo año. Tessier lo recibió y planteó la forma en que debían ser cuidados, y fué Tessier quien aconsejó al rey que los carneros vinieran de España. Después, en un tratado firmado con España en 1795, se estipuló por una cláusula secreta, que nuestra nación facilitaría cuatro mil ovejas y mil carneros.

PRECOCIDAD. — REPRODUCCION. — CONSANGUINIDAD. — CORRELACIONES. ESTABLOS Y ABREVADEROS. EL SOL, CLAVE TAURINA.

La alimentación abundante y rica en principios asimilables, influye intensamente en la fecundidad, sobre la potencia del trabajo y la energía nerviosa (alimentación especial de los caballos de carreras) El conocimiento de la comida adecuada a cada raza, según el servicio especial a que se la destina, es una de las bases de la ciencia ganadera. La alimentación intensa y sin detención durante el invierno, contribuye a la precocidad de los toros; la evolución dentaria se verifica en tres años en lugar de cinco, los huesos se reducen en tamaño pero aumentan en peso; las soldaduras óseas se apresuran, produciendo una disminución de la talla; la piel es más fina, los pelos más suaves, y los cuernos

tienden a disminuir. Así el toro moderno es más pequeño que el toro legendario, más joven también, pero en nada desmerece y en todo aventaja a los elefantes clásicos que, sin saber lo que se hablan, recuerdan con fruición los antiguos aficionados.

Esa precocidad influye poderosamente en el desarrollo muscular, y, por lo tanto, en la mayor proporción de carne y menor de hueso. Esto tiene una gran ventaja industrial. La res tiene un tanto por ciento de carne, que varía según la peor o mejor alimentación; un animal seco no tendrá nada aprovechable, pues se reducirá a huesos y a pellejos; por esto, cuando ha llegado a su máximo crecimiento, se le da una superalimentación excesiva, para que se recebe rápidamente, ya que la carne y la grasa progresan muy deprisa, en tanto que el hueso y la entraña aumentan con lentitud; este recebado o plétora se llama en Francia *fin gras*, y aquí se dice *acudir al quinto,* en el ganado de cerda, y *acudir a la canal* en el ganado vacuno.

Pues bien: un novillo utrero, manso, no dará arriba del 45 por 100 de rendimiento neto, y el bravo de igual edad pasará del 50 por 100. He aquí otra ventaja, pequeña si se quiere, pero ventaja al fin, y muchos amenes llegan al cielo.

Otro dato. A favor de la mayor inteligencia del toro sulecto de lidia, este se busca mejor la vida, es más precoz, que los otros. Si un toro

bravo necesita menos de dos hectáreas, uno manso necesita más, y el resto o díferencia es otra pequeña ventaja que anotar.

Otro dato más. La vaca mansa produce, aproximadamente, diez crías en veinte años, en tanto que la brava nos da quince o más. Cien mansas en un palmar dan sesenta becerros al año, y las bravas setenta o setenta y cinco.

El sabio Bakewel hizo una experiencia de precocidad con cinco o seis ovejas de la pura sangre creada por él; fueron enviadas a pastar a las carreteras sin más alimento que lo poco que podían encontrar; al final de la prueba estaban en excelentes condiciones de gordura. De aquí que formulara la teoría de la precocidad, o aptitud para buscarse los animales su vida, diciendo que «cuanto más pobre es la tierra, más necesita animales bien seleccionados; ninguna tierra es mala para la buena ráza;» y llevando su conclusión al radicalismo, aseguraba que su raza prosperaría mejor, en los suelos pobres, que las razas vulgares en ellos contenidas.

Baudement, otro célebre criador, expresa de la siguiente forma el adelanto que por la precocidad adquieren las razas: «En Inglaterra—decía—se mata anualmente veinte millones de reses, mientras que en Francia se mata cuarenta millones con igual cantidad de carne: quinientos millones kilos; nuestras reses producen, pues la mitad justa. ¿Cuál es la causa?, que en Ingla-

terra esos veinte millones de animales tienen dos o tres años, y en Francia cinco o seis. Mientras nosotros criamos un toro de trescientos kilos, ellos pueden criar dos de seiscientos kilos cada uno, esto es: cuadruplican la producción.»

Nuestros aficionados taurinos seguirán, no obstante, clamando porque se echen al ruedo toros de cinco o seis años.

Establecida en Francia la discusión de si las grandes razas de selección, tienen mejor o peor carne que las viejas razas naturales, Baudement recibió el encargo de estudiar esta cuestión. De sus investigaciones, completas, numerosas, concienzudamente ejecutadas, resolvió que la calidad de la carne, era tan buena en una como en otra categoría. Desde entonces quedó sentado, que las reses precoces dan una carne perfecta.

Es perfecta, pues, la carne del toro de lidia.

Consanguinidad.—Es muy interesante conocer la influencia que en las leyes del cruzamiento ejerce el grado de separación de la sangre de los progenitores.

Broca dice, que se favorece la reproducción, cuando se trata de indivíduos entre sí; por el contrario, opina Quatrefages, que se favorece cuando son distintos, pero que un grado muy separado la dificulta. En efecto, vemos nacer séres con alguna tara cuando son hijos de pri-

mos, parientes muy cercanos, y, al revés, nacen séres muy perfectos, del cruce entre indivíduos de razas del norte con meridionales.

Los eminentes zootécnicos hermanos Colling, crearon la hermosa, la mejor variedad vacuna conocida, la Durhan, cruzando a su semental "Favorite" dieciseis veces, con sus descendientes hembras. El benemérito Sanson, director de la Escuela Agrícola de Griñón, afirma, que según sus experiencias, en veinte años practicadas, la consanguinidad no ofende la reproducción.

Preguntad a los ganaderos de reses bravas, a los conocedores, si han observado esos pretendidos efectos perniciosos de la consanguinidad, y todos os dirán que no.

Este es el pasage más interesante para nosotros, porque podemos aportar el átomo de nuestra personal observación, y con esa humilde experiencia nos atrevemos a dar nuestra conclusión: La consanguinidad es el remache de la selección.

Nos explicaremos. Se emparejan dos hermanos tuberculosos, sifilíticos, con alguna diátesis, en fin, y ante la convergencia de los dos factores, la cría es pésima y muy inviable. La selección elimina juntamente al padre, a la madre y al hijo. Pero si unís a cada uno de los progenitores tuberculosos con extraña pareja saludable, se fusionan lo malo y lo bueno, y sólo

aparecen vástagos mediocres. Si unís hermanos saludables, entre sí, la cría es doblemente saludable. La humanidad se espanta al ver algunos seres deficientes, producidos por el enlace del parentesco, y establece la conclusión de que la consanguinidad es perniciosa, y en efecto lo es en el primer grado, pero el cruzamiento consanguíneo es poderosamente depurador.

En su consecuencia, creemos que el cruzamiento debe hacerse, en las ganaderías, entre próximos; si la sangre de ellos es mala, en la tienta se seleccionan; pero si es buena, la sangre del hijo es doblemente buena, y así se obtienen magníficos sementales.

No queremos pasar este artículo sin exponer un dato, recogido por nosotros de nuestro catedrático de Antropología, el eximio profesor don Manuel Antón Ferrándiz, acerca de la superioridad del caballo inglés de carreras, con relación al tipo árabe, hoy desacreditado. Los ingleses han hecho el tipo de carreras con el árabe y el siriaco puro. Este caballo es desproporcionado, de cabeza pequeña, poco pecho, piernas largas, como es necesario para el fin a que se le destina. Cuando se inauguró el Hipódromo de Madrid—dice el Sr. Antón—vinieron caballos pura sangre inglesa y berberiscos, los que a pesar de su fama, fueron vencidos por los ingleses. Pero los argelinos que traían los caballos, propusieron que en vez de dos vueltas

a la pista, se diesen ocho o diez, y ninguno de los otros aceptó, a pesar de que se ofrecían para esta prueba seis mil duros de premio.

Para ilustrar esto de la consanguinidad, hay que anotar la observación hecha, según nos dicen, por D. Felipe de Pablo Romero, de que cuando se apura excesivamente la consanguinidad, se advierte que algunos toros no juegan bien la cabeza, llamándose tonto, en nomenclatura ganadera, al animal que presenta la peculiaridad expresada. Es el único dato que poseemos en este sentido, en contra de nuestra anterior afirmación, pero que bien pudiera ser apoyo de nuestra teoría de que la consanguinidad es una segunda y decisiva selección. Cruzados los consanguíneos que no juegan del todo bien la cabeza, han producido el ejemplar tonto; de no haber hecho este cruce, los padres habrían legado, aunque en menor intensidad, ese defecto, y, a la postre, se hubiera corrido la tara a toda la ganadería, mientras en el caso citado se localizó en un solo toro, aunque este quedara desechable.

El eminente Bakewell, desdeñaba la antigua opinión de que la sangre debe refrescarse constantemente por la mezcla de razas diferentes, y restaba a que se le mostrase un rebaño de alto valor, obtenido por el viejo sistema de variación sanguínea y cruzamiento de razas. La consanguinidad tenía para él el valor de un dogma.

Lo mismo observaron los célebres ganaderos Carlos y Roberto Colling. Estos hermanos, nacidos hacia la mitad del siglo XVIII, en el condado de Durham, son considerados como los mayores reformadores de la ganadería en el Reino Unido, el que, a su vez, figura en el mundo como el país de más próspera Zootecnia.

El primero, Carlos, había aprendido de otro eminente criador, William Wastell, la enorme importancia del pedigree o semental. Un azar fortuíto le hizo conocer los adelantos de Bakewell, y advirtiendo que los Longhorns de éste estaban llenos y blandos al tacto antes de ser cebados, y firmes y duros después de serlo, el tacto vino a ser el principio que le sirvió de guía en la selección aprendiendo allí que el mérito del ganado no depende tanto del tamaño como de la facilidad de engordar y hacerse compacto y de la finura del hueso.

Con motivo de no ser muy afectuosas las relaciones de los dos hermanos, Roberto quiso defraudar a Carlos haciendo que la vaca «Fénix», de éste, cruzara con el semental de aquél, llamado Lord Bolingbroke, su hermanastro y sobrino a la vez; pensó Roberto que la consanguinidad no favorecería el cruce, pero aconteció que la cría resultó ser el célebre toro «Favourite», que a los tres años obtuvo el primer premio, y que resultó el más eminente semental de Durham. En su consecuencia, los hermanos Co-

lling aceptaron como conclusión el método de cruzamiento *in-and-in*, o consanguíneo, absteniéndose desde entonces de ensayar alianzas con sangre exótica.

La mejor vaca obtenida por los Colling, fué la llamada «Comet», cuyo nacimiento marcó el punto culminante de la raza Durham. «Comet» era el producto incestuoso de una hija con su padre, y su madre era producto de una madre con su hijo.

Jonas Webb, fué de la misma opinión. Este eximio ganadero no introdujo jamás, en la sangre de sus razas, ningún otro elemento de reproducción, y todo su ganado procedía directamente de los primeros ejemplares, que constituían sólo dos familias, llegando a crear por el método consanguíneo los célebres rebaños de Babraham.

William Mac-Combee, perfeccionador de la raza bovina Angus, de toro de carne, era partidario de la crianza in-and-in o consanguínea, pero con ciertas limitaciones. Guiado por su experiencia, condenaba su uso demasiado prolongado, que él consideraba como contra natura. Pero admitía que este sistema de cruzamiento puede ser seguido con éxito durante cierto tiempo hasta que se obtenga el tipo buscado.

Para él la genealogía tenía una importancia capital, sobre todo en el toro, pues sostenía que el macho prestaba mayor influencia en la repro-

ducción. Se debe siempre preferir un toro dotado de una larga genealogía y provisto de una hermosa conformación, a otro toro con genealogía dudosa, por muy extraordinario que sea en apariencia. Si este último actúa en un rebaño de sangre superior a la suya, puede ocasionarse un desastre irreparable. No hay que olvidar—habla Mac Combie—que el macho ejerce la mayor influencia en el producto; pero sin hembras de primer orden, no brillarán en general los descendientes.

Hace Mac Combie una observación que juzgamos caprichosa y que podrá comprobarla quien tenga reses a su alcance. Cuando las vacas—dice—de color uniforme, cruzadas con toros de igual pinta, ven constantemente durante la gestación, vacas de color distinto, ocurre frecuentemente que el producto no saca el tono de piel de sus progenitores.

Eduardo Malingié, famoso agricultor y zootécnico flamenco, natural de Lille, creador de la raza ovina Charmoise, asombrado ante el hecho de que la influencia mejorante del macho era tanto mayor cuanto que la hembra era de raza menos pura, decidió crear una oveja lo más bastarda posible, merced al cruzamiento con sangres muy diversas. Malingié explica de la manera siguiente, los motivos que le aconsejaron obrar de esa forma.

"No pudiendo—dice—aumentar la pureza y la historia del carnero, era necesario disminuir la pureza y la historia de la oveja, debilitando de este modo la fuerza de resistencia en la madre. Para operar en estas condiciones, era necesario disponer de carneros de arraigada pura sangre, y procurarse para hacer el cruzamiento con ellos, ovejas de razas de reciente formación, y mejor aún que por la multiplicidad de sangres que corran en sus venas, no posean ningún carácter dominante y definido."

CORRELACIONES.—Con este nombre se determinan esos fenómenos resultantes de que al variar ciertas partes de la estructura, se modifican otras partes también, como si unas fuerzas secretas del organismo enlazaran varios puntos disemejantes y lejanos.

Los gatos, machos, blancos y de ojos azules, son casi siempre sordos. ¿Qué oculta relación hay entre el color y la sordera?

Los perros sin pelo, tienen dientes imperfectos.

Las palomas tienen los pies en relación con el tamaño del pico.

En Virginia acontece, que se caen las pezuñas de los cerdos blancos que comen la raíz de un yerbajo llamado *pintura*. ¿Quién puede comprender hoy estas extrañas coincidencias?...

Aunque poco observadas, conocemos en los toros algunas correlaciones. A remos prolongados corresponden cabezas alargadas. El pelo largo y basto combina con abundantes cuernos. Los ejemplares más bravos son, a la vez, los más inteligentes. Los cuernos blancos, son indicio de mansedumbre, así como los verdinegros acusan bravura.

Baudement publicó una memoria titulada «Observaciones acerca de las relaciones que existen entre el desenvolvimiento del pecho, la conformación y las aptitudes de las reses bovinas»

En estas razas la amplitud del pecho es generalmente considerada como un indicio favorable a la producción de la carne, de la leche y del trabajo; se explican las ventajas de esta conformación, admitiendo que ella significa correlativamente pulmones voluminosos y respiración activa.

Sin embargo, las investigaciones de Baudement, hechas en doscientas reses de diferentes razas, han demostrado que un pecho amplio se corresponde con talla elevada, cuerpo pesado, gran proporción de rendimiento neto, pero que no es esa amplitud indicio cierto de pulmones voluminosos. Lo único que se corresponde de una manera constante en todos los períodos del desenvolvimiento animal, es el peso y la circunfe-

rencia torácica; no estando los pulmones en relación constante ni con el peso vivo, ni con el desenvolvimiento del tórax, solamente están más desenvueltos los pulmones, en un mismo peso vivo, cuando los animales son más jóvenes. Dedúcese de aquí, en su aplicación a los toros para la lidia, que con el mismo peso y tórax, tienen más fortaleza pulmonar lo más jóvenes, siendo más resistentes para la pelea, en contra de la general creencia de que deben ser toreados los de cinco, seis y más años.

A mayor peso, menor amplitud pulmonar relativa.

ESTABLOS Y ABREVADEROS.--Parece imposible, pero es lo cierto, que muchos sabios a la violeta han vituperado la falta de establos y abrevaderos en las dehesas. Este ha sido y sigue siendo, otro argumento demostrativo de nuestro atraso. Y alegan que hay magníficos establos en el Extranjero. Es natural: donde el clima no permite la estancia del ganado al aire libre, tienen que fastidiarse y recurrir a la estabulación, que ha de ser en buenas condiciones de higiene. Pero nunca citan el país más adelantado en Zootecnia, Inglaterra, donde se procura tener el ganado en libertad siempre que el tiempo lo permite; en Suiza están deseando que desaparezcan las nieves para llevar a los animales a los

pastos en las montañas, donde están completamente libres.

Lo mismo puede decirse de los abrevaderos: se propala síntoma de atraso la falta de abrevaderos artificiales, cuando más allá de los Pirineos sabe el último granjero que no hay nada mejor que el agua corriente durante el verano, y los veneros naturales en invierno.

EL SOL.—Todavía no hemos agotado el capítulo de argumentos contra la torería; hay uno todavía muy importante, y es aquel que denuncia el monopolio andaluz, y muy especialmente cordobés y sevillano, acaparamiento que perjudica a las demás regiones. Se habla de una gran red mercantilista fraguada en Andalucía, para impedir el acceso de otras provincias.

Podrá existir el mecanismo industrial que dicen, pero si existe es como efecto; no es que haya en Andalucía toreros, por consecuencia de la trama mercantil, sino que hay tinglado por consecuencia de que hay toreros.

¿Creen ustedes sinceramente que la capacidad taurina puede prender en cualquier región? Yo lo niego. Podrán existir excepciones, toreros muy eminentes de otras comarcas, pero como caso esporádico, nunca como regla. Cataluña es fabril, Levante es agricultor, Galicia es aventurera, las provincias vascas

dan su metalurgía; Cataluña sus masas corales, Valencia sus pintores, Asturias, Santander y Galicia su emigración indiana, su hegemonía industrial en toda la Península: prodúcese en Castilla el honor hispano, con su fé, su tradición y sus caudillos: hállase en Aragón y en Navarra la reserva vital y noble de la raza... ¿Qué región no tiene su íntima característica?... Asimismo Sevilla y Córdoba darán sus manifestaciones brillantes, luminosas, como reflejo de su sol, y en su campo, en su arte, en sus costumbres, veréis tonos de refulgencia, muy diferentes de la pátina secular y brumosa del alma de Castilla. La fiesta de los toros, compilación de luces y colores, es andaluza neta. Porque es el sol el padre de esta meridional patria chica... ¿Queréis que entonemos un himno al sol, que repitamos la cantinela de que él es vida, y movimiento y fuerza, y arte y gloria?... No es preciso. La lidia requiere gran resistencia al calor, el anillo es una concentración de fuego donde todo abrasa, el aire, la arena, las tablas, todo quema; quema el traje de luces, quema la emoción, quema el estruendo, quema la atmósfera. Para torear hay que estar inmunizado contra el calor, y esa condición sólo pueden poseerla los hombres de Córdoba y de Sevilla, donde se alcanzan temperaturas de sesenta grados. Puede resistir la pe-

lea el toro aclimatado a vivir en las ascuas de esas dehesas de cálidas regiones, donde no se deja a los animales reposar en las horas meridianas, para evitar que mueran o enfermen por insolación. Ese es el secreto de que el toreo se haya vinculado en Andalucía. No se cansen en buscar justificantes mercantiles, porque si a mercantilismo fuéramos, el toreo sería patrimonio de Cataluña.

CONCLUSION

Y aquí concluyó el sainete, perdonad sus muchas faltas. Conocemos de sobra la aventura en que nos metimos, auguramos que seremos furiosamente combatidos y con más furia ridiculizados, si obtenemos el honor de ser leídos. Se buscarán todos los defectos de esta *Filosofía* y se colgarán en la picota; trabajo les mando y Dios nos dé paciencia. No faltará quien diga que nos hemos propuesto dejar por sentado que los españoles deben abandonar sus negocios y dedicarse a torear. No. Unicamente hemos procurado demostrar que el arte de Cúchares es diversión honesta y nada perniciosa; que las ganaderías no hacen daño, y sí beneficio, al campo en general, y que no hay motivo para avergonzarse de la afición a las corridas de toros.

Finalmente, otro motivo más alto ha guia-

do nuestra intención. Es indudable que la Agricultura y la Zootecnia no están en España a la altura de sus merecimientos; hay tierra espléndida, espléndidos materiales, plétora de jugos vegetales y de sangre animal; lo que en otras naciones cuesta paciencia y artificialidad, surge aquí por generación espontánea; falta, en cambio, la acción del hombre, sabia y metódica, que tanto activó el progreso en naciones más estériles. De modo, que es necesario impulsar el estímulo y hacer ver que en el mundo hay algo más que nuestro clásico rutinarismo, y esta ha sido la idea madre de las páginas anteriores. El público taurino es, acaso, el más necesitado de estas propagandas; por eso vamos a él envolviendo en la amenidad torera un átomo de ciencia. Si nuestra ínfima contribución fuere útil a España ¿qué premio mejor?...

FIN

colorchecker CLASSIC

calibrite

mm